¿QUÉ PASA?

LA SITUACION ARGENTINA

¿Al Comunismo, por el "fidelismo" de los infieles?

Por IGNACIO GARCIA TORETTI

La Argentina es un país masivamente anticomunista. La cosmovisión cristiana de su población que, aunque en su mayoría no practica su religión —es decir, no recibe regularmente los Sacramentos, ni concurre a misa todos los domingos—, tiene por valederos los principios de la moral católica. La gran difusión de la propiedad privada entre todas las clases sociales y una innegable devoción mariana de la generalidad del pueblo, provocan un repudio general al marxismo, tanto que los distintos movimientos comunistas que actúan allí suelen adoptar nombres diversos, pero siempre escondiendo su carácter marxista, por la repulsión que provocarían al trabajar a cara descubierta. Sin embargo, este hecho, evidentemente auspicioso, no inmuniza al país del peligro de caer en el comunismo.

¿LANUSSE, EL KERENSKY ARGENTINO?—El general Lanusse, actual feje del Estado —quien ya en años anteriores recibió una fuerte influencia de ideas democristianas— destituyó a los anteriores presidentes Onganía y Levingston, sucesivamente, prometiendo convocar elecciones para 1973. Por de pronto, restableció los partidos políticos disueltos por Onganía en 1966.

SEMANARIO INDEPENDIENTE
(Depósito legal: M. 7-1964)

AÑO IX NUM. 432 - 8 ABRIL 1972

DIRECCION Y REDACCION:
Lagasca, 121. — MADRID-6. — Teléfono 261 37 97.
ADMINISTRACION: Dr. Cortezo, 1. MADRID-12. — Teléfono 230 39 00.
Empresa editora («Revista ¿QUE PASA?»), REQUEPA. Lagasca, 121. MADRID-6. Teléfono 261 37 97.
Imprime: Sáez. — Hierbabuena, 1.— MADRID-20.

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIONES PARA ESPAÑA

Número suelto	15 ptas.
Suscripciones:	
Semestre	350 ptas.
Anual	650 »
PARA EL EXTRANJERO	
Hispanoamérica, Portugal y Marruecos, suscripción anual	700 »
Países de Europa, suscripción anual	900 »
Resto del mundo, suscripción anual	1.000 »

DIRECTOR:
JOAQUIN PEREZ MADRIGAL

15 PTAS.

Ahora bien, para nadie es secreto que la mayor fuerza electoral la constituye el peronismo. Su electorado masivo está lejos de ser comunista —más aún, le repugna esta ideología—, pero obedece las consignas madrileñas de su líder, y deposita su voto sin pensar, conforme lo indique Perón y las autoridades del movimiento. No investiga, ni por asomo, sobre la orientación ideológica del equipo que mande en el partido peronista.

Perón últimamente se vuelca cada vez más hacia el comunismo. En un reportaje concedido a la revista «Triunfo», de Madrid, declaró su admiración por Fidel Castro, elogió su alianza con la Unión Soviética, expresó la conveniencia de suprimir el ejército argentino y encontró auspicioso el hecho de que Kruschev haya salvado al régimen de La Habana, agregando **«si en 1955** —año de su derrocamiento— **los rusos hubieran estado en condiciones de ayudarnos, quizá yo hubiera sido el primer Fidel Castro del Continente.»** Por su lado, Paladino, entonces presidente del partido peronista de la Argentina, acudió a la toma de posesión del mando del presidente comunista chileno Allende.

La política exterior de Lanusse favorece al comunismo. Ya cuando era comandante en jefe, bajo la presidencia de Levingston, ordenó, con abuso de autoridad, que tres refugiados chilenos fueran entregados a la policía chilena, sin parar mientes que tal acto está sancionado con dos a seis años de prisión por el Código Penal argentino. Hace poco recibió a Allende en la Argentina, declarando no interesarle las cuestiones ideológicas en esta visita, y autorizando al gobernante chileno para efectuar su propaganda en la ciudad argentina de Salta. A continuación devolvió la visita a Chile, cimentando así esta significativa amistad entre dos estados que tradicionalmente no se llevaban demasiado bien. Como a Frei se le denominó el **Kerensky chileno**, cabe preguntarse: ¿no será Lanusse el Kerensky argentino?

Además, la situación económica se ha deteriorado notablemente desde la caída de Onganía —junio 1970—. El valor del dólar, que se mantuvo a 3,50 pesos durante más de tres años, bajo este presidente repasó los 10 pesos, con la consiguiente inflación galopante.

LA RECIENTE REVOLUCION.— Habiéndose producido, en fecha próxima, un golpe militar en Azul y Olavarría, que presumiblemente tenía ramificaciones que abortaron, debemos dedicarle un comentario.

Cabe señalar que el matiz del movimiento fue nacionalista. El movimiento nacionalista nació hacia el año 1930, con signo católico, hispanista y jerárquico. Pero con el advenimiento de Perón —quien nunca fue nacionalista, ni nada, sino sólo peronista—, pero quien con evidente habilidad, por el arraigo que esas ideas tenían en la población, tomó mucho de las banderas nacionalistas, éstas empiezan a desteñirse y los nacionalistas comienzan a dejar de afirmar principios y a entrar en la combinación política.

Bajo los gobiernos postperonistas, los nacionalistas entran en una gran cantidad de componendas que no viene al caso relatar, acentuándose entre ellos la prédica sobre temas económicos, el halago del peronismo y muchas posturas demagógicas, apareciendo un nuevo tipo de nacionalista que rechaza la postura tradicionalista y aristocratizante de los años 1930 y se considera la élite de una revolución masificante. Tal es el caso de los jefes revolucionarios y de sus mentores en general. El movimiento llevaba en su seno a gente con fuertes simpatías hacia el régimen peruano.

Un repudio hacia los partidos políticos —esto compartido por la mayoría del pueblo— los hacía desechar la solución electoral. Querían continuar con el régimen de un presidente militar, si bien controlado por una junta de coroneles, no pudiendo saberse con certeza quién era el candidato para el mando supremo. (Quizá el general Eduardo Labanca, señalado por algunos como nacionalista de izquierda).

EL RESTO DE LA OPOSICION.—Es «vox populi», en Buenos Aires, que los generales Julio Alsogaray y Pascual Pistarini están preparando un golpe conservador liberal. Este tendría el apoyo de la Marina.

Por su lado, el general Onganía (desde el asesinato del general Aramburu, el prócer liberal, por elementos progresistas), el único personaje con prestigio nacional, aparentemente no se ocupa activamente en recuperar el poder, sino en formar grupos que se reúnen para estudiar la forma más eficaz de gobernar (según ellos). Entre esta gente se destacan otros nacionalistas, muchas veces vinculados con el Opus Dei. Pero como el citado general no tiene el ascendiente sobre los militares que tuvo entre 1962 y 1966, es improbable que los Jefes de las Fuerzas Armadas le encarguen nuevamente la presidencia, aunque frente al peligro de un Allende argentino, con rótulo peronista, no debe descartarse esta posibilidad.

Un creciente movimiento, la Sociedad de Tradición, Familia y Propiedad, está aglutinando a su lado a muchas simpatías populares entre gente de orden. Su repudio a la sociedad de masas, su mismo aspecto medieval, su intransigencia frente al comunismo, la inmoralidad y todo lo que los medios de comunicación llaman **«los signos de los tiempos»** concita adhesiones en vastas capas de **«la mayoría silenciosa»**. En un penetrante estudio de la realidad argentina, muy difundida, denuncian a los **«sapos»** —como ellos califican a los ricos favorables a la socialización y la no resistencia al comunismo— y al ministro de Educación Malek, bajo cuyo régimen muchas cátedras universitarias son un forum pagado por el Estado para los distintos sectores marxistas.

El citado movimiento, sus ideas, tiene mucha similitud con el Requeté, ya que —como lo señaló el ilustre filósofo Rafael Gambra, al referirse al Carlismo— tiene como meta no elevar el nivel económico de las masas, sino que las masas dejen de ser masas para convertirse en pueblo cristiano.

Todo va muy bien, señores, en el plan de desarrollo... democrático

Por J. ULIBARRI

Se podría escribir un libro gordo con las distintas reacciones de los humanos ante las dificultades y fracasos en que se ven implicados. Muy castizo y simpático ha resultado siempre el refrán de que «a mal tiempo, buena cara», que sería el más antiguo en una antología contemporánea. Tiene el mérito de ser veraz y honesto: reconoce que hace mal tiempo; toma como punto de partida la aceptación de una verdad desagradable; quien lo enuncia no pretende engañarse ni engañar a nadie; va a edificar sobre roca.

Después, cuando aparecieron las sacudidas religiosas trans y post conciliares, algunos progresistas se asustaron al ver el lío en que se habían metido y nos habían metido a todos, haciendo de aprendices de brujo; no podían aplaudir los disparates que empezaban a brotar, y les faltaba humildad para reconocer su paternidad. Inventaron entonces una fórmula de compromiso, que fue decir que eran una «crisis de crecimiento». Así empezaron a denominar los primeros desmanes del progresismo sus coautores y responsables en cuanto empezaron a crearles dificultades y desprestigio. La cosa era, sin embargo, tan grotesca, que, llevada del humor estoico de nuestro pueblo, degeneró pronto en chirigota y así murió. Era un camelo esencialmente perverso porque desnaturalizaba los hechos y disimulaba su maldad, para prefabricar una conclusión tranquilizadora que venía inmediatamente después: aquí no pasa nada, estamos en el mejor de los mundos, no hay novedad, señores, son «crisis de crecimiento». Este truco ayudó a los herejes a seguir avanzando sin disparar, o, mejor dicho, a que sus disparos oídos, no fueran interpretados correctamente. El resultado, pocos años después, está a la vista.

Ahora son los políticos, ciertos políticos, los demócratas europeizantes, los que han empezado a copiar el método para tranquilizar a la opinión con el disimulo de ciertos sucesos inciviles que ya la sola aproximación a la democracia nos trae. Veamos un botón de muestra, no el único, de la nueva técnica de lavado de cerebro.

En las páginas de huecograbado de «A B C» del 11-III-72 se ven juntas dos fotos vulgares e inexpresivas: a la izquierda, una de la Universidad Autónoma de Madrid, cuyo pie se rotula «Conflictos Estudiantiles»; «La situación laboral» es el título del texto de la foto contigua, que dice así: «Aparte de los graves incidentes de El Ferrol, a los que nos referimos en nuestra portada y páginas de tipografía, durante esta semana se han producido paros laborales en las empresas (......). Todos estos conflictos de carácter menor, *y propios de una sociedad en acelerado desarrollo*, se han resuelto ya o se encuentran, por fortuna, en vías de arreglo».

Verdaderamente, el que no se consuela es porque no quiere.

Ahora va a resultar que a las huelgas (a nosotros nos gusta llamar las cosas por su nombre) habrá que saludarlas poco menos que como a heraldos de un desarrollo acelerado. Como a una gracia, vamos. Ellas, que son una sangría de nuestra economía desde su primer minuto y que deforman la mentalidad y educación ciudadanas de quienes las nutren para mucho tiempo. Ellas, que son «trágala-aperitivo» que nos envían los del Tratado de Roma para preparar nuestro paladar a «trágalas-platos fuertes», están alarmando e indignando a la opinión española, que las relaciona, y no sin fundamento, con las exigencias de democratización del Mercado Común. Pierde éste así muchas simpatías, se le enfrían otras y aumenta rápidamente el número de los que se preguntan —al fin— si no será un precio demasiado caro de nuestra europeización el tener que hacer la vista gorda ante las huelgas democráticas, industriales y universitarias.

En esta situación aparecen los aprendices de brujo políticos que desde los círculos políticos monárquicos liberales quieren abrir la puerta a la democracia y a la europeización, y muestran una pasión partidista más amada que los intereses nacionales. Al fin, una nueva edición de uno de los rasgos más característicos de los partidos políticos: los intereses de la parte, por encima de los intereses del todo. Prosperen la democracia y el liberalismo, aunque al precio de huelgas que hundan la economía nacional, sólida, concreta y clara; que introduzcan la lucha de clases y enfermen la mentalidad política de los españoles. El planteamiento honesto y correcto sería que los liberales, demócratas y europeizantes dijeran: «Nuestro proyecto tiene ventajas e inconvenientes; entre éstos hay que señalar una marea de huelgas que asolará el país en cuanto se instaure la democracia; pero la compensaremos con las siguientes superiores ventajas...» Como nadie cree que el extranjero nos vaya a regalar tan consoladoras ventajas, ni en lo material ni en lo espiritual, los aprendices de brujo del sector político tratan de ocultar y disimular el amargo fruto temprano de nuestra europeización, diciendo frivolamente que esos «paros laborales» son «propios de una sociedad en acelerado desarrollo». Y se quedan tan frescos.

Esto es lo menos que se puede decir de los promotores de ese camuflaje. Porque si no creyéramos que es fruto de una mentalidad tramposa y frívola, tendríamos que creer algo peor: que era síntoma de peligroso acercamiento a la concepción que tienen los marxistas del progreso, a saber: una evolución de la humanidad, que se acelera mediante la explotación, cuanto más violenta, mejor, de toda clase de contradicciones. Las huelgas se saludan como manifestación de que ya está en marcha el primer motor, la contradicción dialéctica, de un desarrollo acelerado. A esta interpretación debemos de oponer los cristianos la nuestra, que es ésta: el progreso se puede humanamente impulsar desde la mejoría del conocimiento de la naturaleza de las cosas y situaciones, y en este conocimiento se profundiza mediante la contemplación en su doble vertiente, la natural, que es el estudio, y la sobrenatural, que es la oración y el culto público y colectivo.

Acerca de esta dualidad de interpretaciones, la marxista, dialéctica, y la cristiana, contemplativa, puede consultarse el libro del cardenal Danielou, «Oración y Política».

Una norma teológica siempre válida

Yo no soy sacerdote ni teólogo, pero creo que este comentario les convendría leerlo a algunos «teólogos» que quieren estar a la última moda, como los modistas.

«San Vicente de Lerins (año 445) es descrito por San Euquerio en sus «Instrucciones» y en su carta «De Laude Eremi» como un hombre «preeminente en la elocuencia y el saber». Se supone que fue el hermano de San Lupo de Troyes, y parece que fue un soldado antes de tomar el hábito religioso en la abadía de Lerins, en la isla de la costa de Cannes que se llama ahora San Honorato, según el fundador del monasterio. San Vicente estaba viviendo allí como un monje y un sacerdote cuando, en el año 434 —casi tres años después del final del Concilio de Efeso— compuso el libro en que se apoya su fama, su «Commonitorium» contra las herejías... En este libro de 42 capítulos cortos, que el Doctor de la Iglesia San Roberto Belarmino, describe como «Pequeño en su volumen, pero muy grande en su valor», encontramos enunciado por primera vez el axioma que para que un dogma sea considerado como una verdad católica ha de mantenerse siempre, dondequiere y por todos los fieles, «quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est». Los puntos dudosos han de establecerse por esta prueba de universalidad, antigüedad y consentimiento, es decir, el acuerdo de todos o casi todos los obispos y doctores. La Biblia no puede considerarse como la única prueba de la verdad, porque está sujeta a diferentes interpretaciones y se cita tanto en el interés de la heterodoxia como en el de la ortodoxia; ha de ser interpretada según la tradición de la Iglesia, que es la única que tiene el derecho de exponerla. Si se adelanta una doctrina nueva ha de ser confrontada con la enseñanza universal de la Iglesia y donde la prueba de la universalidad parece que es deficiente por la razón de una apostasía amplia en un periodo, ha de apelarse a la enseñanza de la Iglesia primitiva. Si el error es uno que tiene su contraparte en los tiempos primitivos, entonces el tribunal final de apelación sería la fe de la mayoría. Ciertamente ha de haber progreso, pero ha de ser como el crecimiento de la bellota, o el desarrollo del niño en el hombre: ha de preservar la identidad y todas las características esenciales. La obra principal de los concilios ha de ser elucidar, definir y dar énfasis a lo que ya se había enseñado, creído y practicado. Y después de todo el testimonio de los padres, los doctores y los concilios está la autoridad de la Sede Apostólica.»

(Del libro «Butler's Lives of the Saints», vol. II, pág. 382, Londres, 1956.)

M. ESPARZA

Los centristas

Por TEOFILO

(Dice EL SEÑOR: «¡Ojalá fueras frío o caliente! Mas porque eres TIBIO, y no frío ni caliente, estoy a punto de vomitarte de mi boca».)

SONETO

Los que no son ni fríos ni calientes;
los tibios, los templados, LOS CENTRISTAS,
que tienen vocación de equilibristas,
y no son ni cobardes ni valientes;
los que no son decentes ni indecents,
los que no son herejes ni papistas,
los que no son serios ni bromistas
y no quieren ser cuerdos ni dementes,
son los que ASCO le dan al PADRE ETERNO,
y a punto está de echarlos de su boca,
y a punto de mandarlos al INFIERNO.
Que al mismo DIOS el TIBIO le provoca
ganas de vomitarlo en el AVERNO,
Y LEJOS DE SU VISTA LO COLOCA.

¿Tanto le temen todavía?

La mala uva de los foliculariosˮencedadosˮ

Por Joaquín Pérez Madrigal

El miércoles 22 de marzo publicaba el diario «El Alcázar», justamente destacada, esta noticia:

CON FIDELIDAD Y CON HONOR.—LAPIDA CONMEMORATIVA DE LA FUNDACION DE FALANGE

MADRID. (De nuestra Redacción.)—Mañana, día 23, a la una de la tarde, tendrá lugar un acto en el teatro de la Comedia, de Madrid, en el transcurso del cual se descubrirá una lápida en memoria del discurso fundacional de la Falange por José Antonio Primo de Rivera. Con ello, el Ayuntamiento de Madrid cumple con fidelidad y con honor el dejar constancia de la fecha fundacional de Falange Española.

En el primer párrafo de la lápida, cuya fotografía publicamos, puede leerse: «El día 29 de octubre de 1933, aquí, en el teatro de la Comedia, José Antonio convocó a la juventud española para una ilusionada empresa de entrega, de pasión y de sacrificio por una Patria mejor.»

Efectivamente, el descubrimiento de la lápida tuvo efecto. Y éste fue causa del artículo publicado también en «El Alcázar» del pasado 24 de marzo, por su director, don Antonio Gibello, lancero de los todavía vivos e intrépidos escuadrones arcangélicos, de los que José Antonio Primo de Rivera fue iluminado Capitán.

Resulta que en el diario «Ya» cierto descollante foliculario **encedado** cometió la avilantez de lanzar sobre el nombre y la memoria de José Antonio una apestosa pellada de lo que, a diario, forma el condumio del agresor: ceguedad, rencor, ignorancia.

Y, gracias a Dios, la réplica al anacrónico y nocivo comentarista **encedado** no se hizo esperar. Don Antonio Gibello, alma de España y arma de Caballería, se lanzó a la carga. ¡Cuántas no dieran, en su tiempo, en más anchos frentes y hacia objetivos más altos, los escuadrones de la Falange, que tuvieron a José Antonio por Capitán iluminado!

¿Qué sabe el foliculario de «Ya» acerca de José Antonio? ¿Qué de su fe, de su ética, de sus sacrificadas renuncias, de su estilo como hombre, como español y como combatiente por su Dios, por su pueblo, por su Patria?

Yo, por privilegios de mi edad y de los lugares a que me condujeron los quehaceres de mi vida, vi de cerca, observé, casi siempre humillado y sobrecogido, cómo discurría, cómo profetizaba, cómo arremetía, después de plantarse impasible ante quienes le acosaban sedientos de su sangre, concluyendo por merecer, siempre, el amedrentado respeto de los que, como el foliculario ese de ahora, le odiaban.

¿Cómo vi yo, sin militar en sus escuadras y escuadrones, al Fundador y Capitán? Pues lo vi así.

José Antonio Primo de Rivera, como su tío Fernando, el héroe de Monte Arruit, fue un excelso patriota español de a caballo. José Antonio fue el capitán de una pura y viril juventud exasperada, al frente de la cual cargo a galope contra la encanallada y podrida muchedumbre nacional de una política que empañaba el fulgor, desfiguraba el rostro, transformaba y envilecía el alma de su Patria. Yo vi, conocí a José Antonio, en el escenario de una Democracia, altivo y activo en su escaño del Parlamento. Yo, que no formé en los escuadrones del bravo capitán iluminado, al que, en lo político, ni le loe ni le combatí; pero que, en lo nacional, como español, hube de disciplinar mi sentimiento y mi conducta a su ejemplo y a sus voces, os voy a dar una impresión de José Antonio —que no fue nazi ni facista—, como político en una Democracia, mejor dicho, como parlamentario en el palenque de la República española. El Fundador sabía ser y sabía estar.

José Antonio no fue el parlamentario ruidoso, oportunista y popular. José Antonio representaba una tendencia revolucionaria. Sin embargo, no cultivó jamás el estruendo fácil, la demagogia centelleante y sugestiva de masas.

Concurría asiduamente a las sesiones; presenciaba en silencio el curso de los debates. Sólo intervenía cuando el régimen, llevado a las Cortes en mala postura, presentaba al descubierto algún flanco e incitaba al golpe certero, eficaz, irresistible.

José Antonio era el señorío, la trascendencia, la eficacia. Jamás se empleó en el forcejeo espectacular y minúsculo, desdeñó siempre la escaramuza estrepitosa y plebeya; sólo consumió turnos cuando no eran los hombres irritados, sino las ideas maltratadas, las que reclamaban una contienda de agudeza y de talento.

Conviene recordar que José Antonio, forjador y capitán de jinetes intrépidos, fue un parlamentario cuya palabra más parecía la de un profesor que la de un condotiero. No fue José Antonio, en el Parlamento, el huracán que brama en las tinieblas, sino el sabio que anda sereno por la oscuridad y anuncia, sin crispaciones ni frenos estremecedores, las cercanías de un amanecer teñido de sangre. Tranquilo, pausado, hasta dulce, pronunciaba José Antonio sus discursos demoledores. Ni una irreverencia, ni un insulto, ni un chirrido en el exacto ajuste de sus ideas y en el limpio estallido de sus palabras. Sólo a José Antonio, en las borrascosas Cortes de la Ceda, y a don José Ortega Gasset, en las de los grajales de las Constituyentes, se les escuchaba por el Congreso en pleno, sin que osasen los intereses heridos o los chuscos desmandados, rayar de exabruptos aquel homenaje que les rendían los diputados con su callar y su atención unánimes.

Era que José Antonio volaba alto. Jamás estuvo dispuesto a discutirle una enmienda a la Comisión, ni a disputar con nadie por la adopción o el rechazo de una Ley. Eran el Estado, la sociedad, el régimen, lo que había que rechazar y sustituir. ¿Qué le importaban a José Antonio los atavíos y los instrumentos de aquello? Las entrañas de España, sí; la conciencia y la Historia de España, sí; eso era lo importante. Por ello, como parlamentario, José Antonio actuó cuando había que servir a España. Cuando era España la que tenía que servir a alguien actuaban los otros...

El Parlamento le sirvió a José Antonio, entre otras cosas, para que sus biógrafos de mañana acierten a fijar las calidades morales del grande hombre. Por el Parlamento anduvo José Antonio como sus leales anduvieron por ahí: con el alma y el pecho a la intemperie. Había dimitido su señoritismo, su grandeza de España, su fortuna, su bufete. Renunció a los beneficios seguros del futuro. Se levantaba cada mañana dispuesto a la entrega de la vida por España y por la libertad de España... Hablaba en las Cortes. Joven, fuerte, domador, si quisiera, de unas deidades municipales que se empadronan en la vida burguesa, bajo los nombres del amor, del dinero, del encumbramiento oficial, de la gloria con estampilla... Hablaba desde su escaño incómodo, en fila baja, poco brillante. Cerca del banco azul, sin tener por delante nada más que una calva, la alfombra y los taquígrafos. Detrás, por encima y a los lados, un auditorio callado, receloso...

Hablaba. En tono suave. Irreprochable la forma. Dureza terrible en el fondo. Enjuiciaba al Gobierno, fustigaba a los ministros, delineaba con trazos de sarcasmo una imagen grotesca de aquellos temblorosos violadores, que no intérpretes ni salvaguardas de la Ley. El Congreso callaba. El Gobierno y la mayoría tenían que sufrir en silencio. José Antonio se encaraba entonces con los socialistas, con las izquierdas. Dibujaba sus traiciones, sus cobardías, el crimen sistemático que realizaban contra España y contra los trabajadores. En este punto, una vez, las derechas rompieron su mutismo. Ovacionaron entusiasmadas a José Antonio. Este hizo una pausa. Sonrió con amargura. Volvióse, elegante, hacia los diputados que le aplaudían y, desdeñoso de unas adhesiones sin correspondencia con su conducta política y social, definió con punzadora elocuencia la culpa y la doblez de los mercaderes, de los explotadores «piadosos y patrioteros», tanto o más aborrecibles que los marxistas.

He ahí unas cuantas pinceladas acerca del parlamentario. En cuanto a José Antonio político, si nos limitamos a considerarlo en aquellos días, sin alcanzar a los posteriores a su encarcelamiento y su muerte, las observaciones son ricas en matices para fijar su temperamento y sus doctrinas de la más pura cepa española, sin influencias ni servidumbres a teorías o ademanes de importación.

José Antonio era todo un carácter. Se había trazado una España, unas instituciones, unos hombres, unos sentimientos y unos deberes que, gracias a Dios, nada tenían de común con las realidades contemporáneas. En el área social y política a que se extendía su influencia creadora, aquella concepción fundacional de José Antonio excedía los límites de la vaga teoría, del ideario o del programa, para hacerse cuerpo, alma y realidad en la devoción de sus leales, en el móvil de sus actos, en el imperio milagroso de su voluntad.

Para José Antonio no había más que España —la que él concebía— y la legitimidad constitucional de un Movimiento Revolucionario consistente en dar la batalla a la impostura jurídica de las universales delincuencias concertadas en el mundo contra el pueblo español, y rescatar para la Historia el ser nacional de una grandeza espiritual española malbaratada...

¿José Antonio Primo de Rivera fue nazi? ¿Fue fascista? ¡Mentira! Fue el fundador de un partido de sacrificados patriotas liberadores... Fue bravo capitán iluminado de unos escuadrones arcangélicos que, por Dios y por España, cerraron al galope a limpiar de malhechores las tierras de Castilla y de León, de Andalucía y de Cataluña, de Asturias, de Valencia y de Extremadura...

Eran muchos años los que llevaba España de hacer su política por el suelo, a rastras las ideas, los corazones, las almas... José Antonio consideró llegado el momento de montar a caballo, de trocar a los escarabajos por lanceros. Y la juventud entera de España se inscribió en las brigadas de la regeneradora e intrépida Caballería, lanza al brazo y en sus estandartes la Cruz...

De todo esto están enteradísimos los empresarios del foliculario **encedado.** ¡Qué noble y joseantonianamente se lo ha dicho don Antonio Gibello!

LOS QUE LE CONOCIAN ASEGURABAN QUE ERA EL OBISPO

El Obispo Auxiliar de Pamplona, vestido de pantalón y chaqueta, bajo una gabardina gris, forma con el Clero de su diócesis

(Un general del Ejército no se viste de paisano para ponerse al frente de los jefes, oficiales y soldados de su mando)

En «El Pensamiento Navarro», del pasado 25 de marzo, bajo el título «Conferencia de Monseñor Larrauri en Estella», leímos, con el consiguiente doloroso estupor, esta información que transcribimos:

«A las ocho de la tarde de ayer se inició un ciclo de conferencias en el Cine Lux, de Estella, organizado por los sacerdotes de la ciudad del Ega.

Abrió el ciclo don José María Larrauri, Obispo Auxiliar de Pamplona. El tema anunciado en programa era:

Descripción de lo que se pretendía en la Asamblea conjunta. Actitudes y clima de la Asamblea. Ambiente y reacciones de la prensa y demás medios de comunicación. Asamblea, nuevo camino para la Iglesia de España.

El Párroco de San Miguel de Estella es quien presentó al ilustre conferenciante, y por él supimos que la organización del ciclo corresponde a los sacerdotes de Estella.

El público asistente ocupaba las dos terceras partes del local. Mons. Larrauri explicó toda la gestación de la Asamblea conjunta desde el plano diocesano hasta el nivel nacional. Señaló la prensa madrileña que estaba de acuerdo con la Asamblea y la disconforme. No mencionó para nada el documento de la Sagrada Congregación del Clero, y se esforzó en demostrar que desde la gestación de las ponencias hasta la aprobación de las mismas a nivel democrático en la Asamblea conjunta hubo representatividad, legitimidad y democracia, a pesar de la ausencia de sacerdotes desde los momentos iniciales, tanto en Navarra como en otras diócesis, ausencias que en modo alguno, según el conferenciante, desvirtuaron la tan repetida representatividad y legitimidad. Afirmó que el único móvil de los participantes era el de servir mejor a la Iglesia.

Monseñor Larrauri ocupó el centro del escenario y vestía de «clergyman» y gabardina gris pardo, prenda de la que no se despojó en ningún momento.

Al final de su intervención tomó la palabra uno de los asistentes y expuso sin ambages su punto de vista sobre la actualidad católica del país. Es decir: preguntó sobre el Documento Romano silenciado por el doctor Larrauri. El interlocutor se dejó oír con tal eficacia, con tal galanura y énfasis, con tan documentadas palabras, que el público estalló en aplausos constantes de notoria unanimidad. Pidió aclaración al Obispo sobre si la Conferencia Episcopal había considerado o no el Documento Romano. Monseñor Larrauri dijo que el Documento fue tratado en su valor, como las credenciales de un embajador en país extranjero. Y que como tal documento no reunía el valor credencial («magistral») suficiente, no se examinó en su contenido, es decir, no fue considerado.

Es de hacer notar que, antes, el documentado interlocutor aclaró que deseaba saber de labios del Obispo quién había de prevalecer, si Roma y su Primado de España, o la Sede de Pamplona, pues debía tomar una decisión entre continuar mirando a esta Sede navarra o volverle la espalda y marcharse hacia Toledo.

Algún asistente hizo notar la ausencia del Crucifijo que presidiera el año.»

Desde Mallorca

CONSIDERACIONES

Por A. TERRADO

Voy a contar un diálogo asaz triste por sus consecuencias. Coincidí en un establecimiento público con un hombre oriundo de una villa de las que más se habían caracterizado por su religiosidad. A poco de hablar juntos se manifestó anticlerical, pero de los empedernidos. De padres cristianos cien por cien, fue esmeradamente formado en su niñez y juventud. Actuó de presidente de la Congregación Mariana. Casado por la Iglesia, tiene dos hijos solteros. Habiéndose establecido en la capital, se compró un piso dentro de la demarcación parroquial de La Encarnación. «Antes, por nada de este mundo —me manifestó— hubiera dejado de oír misa en día de precepto, confesando y comulgando con frecuencia. Sentía verdadero placer de practicar la religión como auténtico creyente. Pero ahora no entro ya en ninguna iglesia, ni quiero saber nada absolutamente de sermones y sacramentos, ni de catolicismo, tanto es así que, si existe el infierno, consiento en arder por toda la eternidad.»

Quedé estupefacto, y al pedirle razón de su vuelta al revés, contestó sin ambajes: «Por las anormalidades, arbitrariedades, inconsecuencias y otras cosas que no quiero manifestar, cometidas día a día por el clero de mi parroquia, que más que interesarse por la salvación de las almas, parecen dedicados a hacernos perder la fe.» Bueno, le advertí yo, los sacerdotes no son la Iglesia, únicamente ministros de la misma; que ellos tengan sus deslices se comprende porque no son ángeles, sino hombres, flacos y miserables como los demás. «Son hombres, sí —me contesta—; pero consagrados y, por ende, obligados a cumplir sus deberes como manda su estado.» Reconociéndome incapaz de sacarle de su error, le aconsejé fuese a explicarse con un religioso (indiqué nombre y convento), muy sano en doctrina y virtud, y con la seguridad de sacarle del camino de la perdición. «No quiero explicaciones de nadie —repuso empedernidamente—; repito que estoy dispuesto a condenarme.» Sentí escalofríos y considero que pasa la medida tanta terquedad, que sin duda tendrá su fin por la misericordia de Dios. Sin embargo, es de notar que en una misma semana se celebró el funeral de tres difuntos feligreses de La Encarnación, no en el propio templo parroquial, sino en iglesias distintas: San Miguel, San Francisco y Santa Cruz. ¿Por qué? El padre Roig tiene la palabra.

● Invitados por una familia catalana, el miércoles de Pasión me trasladé con mi esposa e hijo a Barcelona, de donde no nos despediríamos hasta el lunes de Pascua. Por tener dicha familia una nieta religiosa del Sagrado Corazón, nos enteramos del siguiente dato, que no dejó de sorprenderme: Todas, todas las novicias de la Congregación en España habían ido a pasar la Semana Santa a Taizé. Allí, cobijándose, a lo bohemio, en tiendas de campaña —palomas en campo raso y cielo abierto— asistían a las funciones conmemorativas de los grandes misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, con aquellos «hermanos separados», que preside el prior hermano Roger, el que a fines de febrero, en Montserrat, había hablado sobre matrimonio y celibato «con vacaciones periódicas, mediante las cuales se puedan vivir, alternativamente, el cumplimiento de sacramentos y votos y la satisfacción de hacer excursiones placenteras por el extrarradio.» (¿QUE PASA?, 11 marzo 72). El primer paso, dado por las hijas de Santa Magdalena Sofía Barat, fue quitarse el hábito; ahora ya van a aprender lecciones de los protestantes. ¿No es verdad, lector amigo, que adelantan la mar estas «aggiornadas» profesoras y educadoras de nuestra juventud femenina? ¡Santa Sofía, interceded por ellas, que es del todo necesario!

● Concluiré con una anécdota algo pintoresca. En la ciudad de Palma abunda la gitanería. En cualquier esquina nos saluda alguna de esas hembras, cargada con su churumbel, ofreciéndose a decirnos, por unas pesetillas, nuestro planeta u horóscopo de nuestro futuro. Pues un día corrió la voz de que se iba a levantar un monumento a LA GITANA, y que la figura, ya trabajada en bronce, estaba expuesta en Galerías Costa. Varios amigos fuimos a verla. Realmente era una obra perfecta, como lo son todas las del artista señor Eguía. Altura, dos palmos más de lo natural. Viva expresión de su cara como de mujer adivinadora... Las ubres bien configuradas y pronunciadas, y eso que el niño que aguantaba en su izquierda parecía ya destetado. Preguntamos cómo sería la base del monumento, y se nos contestó: «Ha de estar en el suelo dentro del templo parroquial de Palma Nova, regido por don Bruno. ¿No ven ustedes que representa a la Madre de Dios?» Entonces la curiosidad se nos convirtió en susto; nos miramos mutuamente los tres amigos, y tomamos las de Villadiego.

FRAGA Y LOS INQUISIDORES

Por AURELIO DE GREGORIO

Leemos en el diario «Informaciones» del día 11 de marzo que don Manuel Fraga Iribarne pronunció en Barcelona una conferencia titulada «Teoría del Centro». Según la reseña de prensa, es necesario resolver, previamente a la instauración constitucional de sus tendencias centristas, varias crisis, entre otras, las crisis de secularización. «Crisis de secularización.— Es decir, que los problemas religiosos han de despolitizarse; lo que supone una plena aceptación de la libertad religiosa y de atribución de discriminaciones sociales y políticas por esta causa. Afortunadamente, ésta es hoy la doctrina de la propia Iglesia, lo que hace esperar que, declarados por ésta heréticos los inquisidores, la especie se acabe pronto.»

Dejando muchas consideraciones que sugieren la actual y nueva ideología del ex ministro y otros extremos de su conferencia, comentaré brevemente el párrafo transcrito.

Creo que tiene razón don Manuel al afirmar que la realización de la política «centro» requiere previamente la secularización. Porque el centro es la síntesis hegeliana entre una tesis y una antítesis que han de fundirse y desaparecer en ella. La secularización es la desaparición de la tesis católica, que se ofrecería como prenda e invitación a la Revolución para que ésta a su vez también desapareciera, floreciendo en ausencia de ambas el «centro», que se caracteriza por el crepúsculo de las ideologías y la aurora de la tecnocracia.

¿Es la doctrina católica materia apta para una síntesis con sus contrarias? Evidentemente que no, porque está basada en la Revelación, cuyos elementos no pueden ser objeto de transacciones entre los hombres. Si dos pueblos se disputan que una industria sea establecida en uno de ellos dos, se puede llegar a un acuerdo y situarla a mitad de camino entre ambos; o ampliar la discusión a un lote de problemas y conceder la industria a uno y otras ventajas al otro. Pero si unos decimos que el aborto es un crimen punible y otros dicen que es uno de los Derechos del Hombre y su Señora, no hay arreglo posible.

Bien entendió esto San Pablo cuando predicaba en Chipre (Act. 13, 4-12): Conectó con un tal «Sergio Paulo, procónsul y hombre prudente, que hizo llamar a Bernabé y a Saulo, mostrando deseos de oír la palabra de Dios». Esta es la tesis; ahora viene la antítesis: «8) Pero les hacía oposición Elimas, el Mago, empeñándose en desviar al procónsul de la fe.» ¿Intentara San Pablo un arreglito «centrista» con Elimas? No. No, porque para suerte suya no había conocido, ni a Hegel, ni al Concilio Vaticano II, ni a Fraga Iribarne; sólo conoció a Jesucristo, que ya es bastante. ¿Qué hizo, pues, San Pablo? Prosigue el texto: «Mas Saulo, o sea Pablo, lleno del Espíritu Santo, mirándole fijamente (a Elimas), 10) le dijo: «¡Oh, lleno de todo fraude y de toda embustería, hijo del diablo, enemigo de toda justicia!, ¿no acabarás de torcer los caminos derechos del Señor? 11) Y ahora he aquí la mano del Señor sobre ti, y quedarás ciego, sin ver el sol hasta el tiempo señalado.» Y luego cayó al punto sobre él niebla y oscuridad, y dando vueltas, andaba buscando quienes, tomándole de la mano, le guiasen. 12) Entonces, viendo el procónsul lo acaecido, creyó, asombrándose de la doctrina del Señor.»

No hay, pues, síntesis hegelo-centro-fragosa posible con la Revelación. Ni con las llamadas materias mixtas de la Iglesia y el Estado, sobre las que la Revelación se proyecta y en las que debe prevalecer. No hay posibilidad lógica y coherente de «centro» en un país católico. Lo único que le queda al ex ministro para su síntesis es la materia pura del Estado, como son los pantanos, la Renfe y el Sistema Métrico Decimal, y otros temas, por los que ni la Iglesia ni los españoles muestran el menor interés.

No solamente la Revelación se resiste a las manipulaciones hegelo-centro-fragosas. Tampoco se puede tocar impunemente el orden de las cosas, porque cualquier desarreglo suyo provoca a su vez nuevos desarreglos en cadena. Puede pactarse dentro del orden sin trasponerlo, pero mezclar orden con desorden equivale a desordenar el orden y a provocar dinámicamente nuevos desórdenes.

Así parece que entendía también las cosas el culto catedrático. La tradición eclesiástica era bien comprendida por él, pero le fastidiaba. Por otra parte, no se pueden hurtar a un planteamiento de altura las materias mixtas y su sacralización o secularización. Por eso se le escapa con alivio ese «afortunadamente».

«Afortunadamente, ésta es hoy la doctrina de la propia Iglesia»: que los problemas religiosos han de despolitizarse; lo que supone una plena aceptación de la libertad religiosa y de atribución de discriminaciones sociales y políticas por esta causa. Esta es la teoría de don Manuel Fraga Iribarne. Este, discurre con una lógica impecable. La admiramos y la compartimos. Como que llevamos diez años diciendo que la maldad de la libertad de cultos se demuestra por reducción al absurdo, porque lleva, lógica y psicológicamente, precisamente a esa secularización del país, lo cual, además de ser un mal espantoso, es contradictorio, como ella misma, con toda la Tradición católica.

Pero Fraga no contó al construir monolíticamente su perfecto razonamiento con las sutilezas de la diplomacia vaticana, bastante menos devota que él de la Lógica.

Damos vuelta a la hoja de «Informaciones» y en su página anterior, la once, encontramos amplios extractos del reciente discurso del Nuncio al Episcopado español sobre las relaciones Iglesia-Estado. ¡Miren qué casualidad! ¡Con la Iglesia hemos topado, don Manuel, amigo! Dijo el Nuncio:

«Encerrar a la Iglesia en la sacristía, como suele decirse, sería un modo muy falso de reconocer la libertad a que la Iglesia tiene derecho y es totalmente anticatólico» (...) «La Iglesia tiene, pues, no sólo el derecho, sino también el deber de no desentenderse de los problemas de orden temporal: de ocuparse de ellos, de hacer oír su voz ante las injusticias, de ayudar con sus juicios morales a la construcción de un orden social y civil cada día más perfecto. Y esto no lo hace como una intromisión en algo que no fuera de su competencia, ni siquiera como un sobreañadido artificial a una misión de por sí reducida a las cosas estrictamente espirituales, sino como parte integrante e ineludible de su misión salvadora de todo el hombres, pues ella no podría separar lo que quedó unido en Cristo.»

Esto, aunque lo haya dicho el señor Nuncio, me parece muy bien, porque es la doctrina de siempre de la Iglesia. Lo que no es de siempre, sino todo lo contrario, es lo de la libertad religiosa. Todo el discurso del Nuncio viene a decirle a Fraga: De la secularización, nada. De despolitizar los problemas religiosos, nada. De resolver necesaria y previamente a la instauración de sus teorías centristas la crisis de secularización, nada. Es como decir que por lo religioso, de ese «centro», nada.

¿Y de la libertad de cultos, de la que fluye, lógicamente —¡lógicamente!, imaginamos gritar a don Manuel—, esa secularización imprescindible para el centrismo, ¿qué?

—¡Ah!, mi querido ex ministro: a tanto no llego yo. Pregúnteselo usted directamente al Nuncio.

—De todas maneras, por aquello de que fuimos compañeros en el Campamento de la Milicia Universitaria, le echaré una mano. Porque parece que en esto estás más flojito. Por de pronto, la Iglesia no puede declarar heréticos a los inquisidores, si por tales señalas en sentido peyorativo, como autoriza a sospechar el contexto, a los que estamos en contra de la secularización, de la despolitización de los problemas religiosos y de la libertad religiosa. Porque las tesis a que aspiras —Manolo— no forman parte de la Revelación. (Más bien de ésta se deducen las contrarias). Y herejes son «los que rechazan algunas verdades de fe que enseña la Iglesia ser reveladas. El hereje cree poco o mucho, pero niega algo revelado.» **(Puntos de Catecismo, por el P. Remigio Vilariño, punto 89.)**

Por otra parte, aunque hubiera en la oposición a la secularización y a la libertad de cultos materia para una declaración de herejía, no creemos que estas declaraciones estén ahora de moda en la Iglesia. Muchos, muchísimos errores infinitamente más graves se miran con complacencia. ¿No ha visto con cuánta fue el obispo de Salamanca el día de la Virgen del Pilar, próximo pasado, a la inauguración de una capilla de herejes protestantes? ¿Le ha dicho alguien algo?

Pues no piense que los «inquisidores» están dispuestos a ser el sargento Vázquez de esta Revolución. Si se ha abierto en la Iglesia, y en sus proyectos de usted, una época de pluralismo «sano» y de pluralismo menos sano, a cualquiera de los dos podrían legítimamente acogerse.

Más cosas: El Concilio Vaticano II, de donde ha salido esto de la secularización y de la libertad religiosa, no es un Concilio dogmático, sino pastoral. Sus documentos se clasifican en Constituciones, Decretos y Declaraciones. La libertad religiosa se formula en una «Declaración», es decir, en un documento del rango inferior, contradictorio en sí mismo y con la doctrina anterior. Así que, pregúntele a su director-espiritual —¿tiene?—, a ver si obliga en conciencia.

Finalmente, un detalle: ese término despectivo de «la especie de los inquisidores» es, junto con el de «extrema derecha», una creación de los revolucionarios en estos últimos meses. Emplearlo, le hace muy «pop», pero le trae malas compañías

¡Qué no! Que no habrá ni secularización ni centro estable y cómodo. ¡Qué sí! Que seguirán habiendo inquisidores para rato.

REFERENCIA Y APOSTILLAS A UN ASOMBROSO COLOQUIO

Osadía y descalabro de "los tres objeteros"

Patrocinada por el I. C. A. I.-I. C. A. D. E., se desarrolló una conferencia-coloquio acerca de la objeción de conciencia, en el madrileño colegio de los jesuítas de Alberto Aguilera, el 10 de marzo pasado. Participaron tres oradores: los señores Cierco y Villar-Arregui, ambos abogados, y el padre Llanos, S. J. Concluida la triple exposición, fue abierto un largo y animado coloquio con los asistentes.

Cierco se limitó a narrar y comentar los casos más destacados de objetores de conciencia, conocidos a través de la profesión de abogado, intentando promover la simpatía hacia el objetante Beunza.

Villar-Arregui defendió que la protección legal del objetor resultaba acorde con el reconocimiento de una esfera intangible de libertad para la conciencia individual y que, por tanto, la tutela debería extenderse a todas las hipótesis, en las cuales un juicio sincero y auténtico de la conciencia individual rechazase el servicio militar, sin necesidad de que tal juicio venga reforzado por una norma objetiva de la confesión religiosa profesada por el sujeto. Estimó que el actual *status* del objetor no era consecuente con la Ley de Libertad Religiosa, apuntando, como vía legal, para poner término al sistema de repetición de condenas, el empleo del Decreto-Ley o de Ley «de prerrogativas».

El padre José María de Llanos, quien ostentaba una llamativa camisa de cuadros, comienza arrogándose la cualidad de portavoz del «hombre de la calle», cuya opinión pretendió exponer, con la esperanza de que, después de su disertación, los jóvenes presentes fuesen todos objetores de conciencia. El servicio militar obligatorio integra, para él, un abuso del poder, un acto de opresión, y el mismo concepto merece el juramento a la bandera. Estimó que dicho servicio obligatorio es: a) *anacrónico*, al no conformarse con las ideas propias de una comunidad en pleno desarrollo industrial; b) *no formador*, pues se da al soldado un «lavado de cerebro» y, además, la misión educativa no corresponde a las fuerzas armadas; c) *caro*, porque sustrae a la nación y a su economía gran cantidad de horas laborables, y d) *ineficaz*, como lo demuestra el hecho de no haberse sentido la necesidad de sacar la tropa a la calle durante los siete últimos lustros y el desenlace de la llamada por aquél «guerrita de Ifni», ya que, en el mundo actual, los ejércitos de pequeños países se han mostrado ineficaces. También manifestó su extrañeza de que la Iglesia no se hubiese pronunciado sobre el problema.

Durante el coloquio se produjeron casi una docena de intervenciones, todas, excepto un par, contrarias a las tesis de los conferenciantes, principalmente a las del jesuíta. Procuraremos sintetizar las que ofrecen mayor interés.

El primero a quien se otorgó el uso de la palabra aclaró previamente su condición de oficial del Ejército, para *espetar* a continuación que, si no comulgara con el catolicismo, calificaría al clero de *anacrónico, no formador, caro e ineficaz*, sobre la base de los mismos razonamientos discurridos por el jesuíta. El P. Llanos replicó que a nadie se le forzaba a ser sacerdote.

Después otro partícipe en el coloquio rebatió la ineficacia atribuida alegremente a la campaña de Ifni, al poder afirmar, por haber intervenido como oficial de paracaidistas, que todas las metas perseguidas por el mando se consiguieron, y que el éxito o fracaso de la ulterior retrocesión del territorio se atribuiría, en todo caso, a la diplomacia, pero no al Ejército.

Otro explicó que el ejército integrado por profesionales resultaba más caro que el servicio obligatorio, y aludió a la creciente implantación del servicio obligatorio en países donde por tradición regía antes el voluntariado, para terminar, como militar, expresando las gracias al sacerdote por los términos «lavado de cerebro».

No faltó quien recordase la antigua y conocida adhesión entusiasta de José María de Llanos al Movimiento Nacional; ni quien leyera algún texto significativo del último Concilio, a fin de poner de relieve que la Iglesia no se encuentra tan huérfana de doctrina como el sacerdote conferenciante suponía; ni quien señalase el ejemplo del ejército judío, que echa por tierra las consideraciones respecto a la ineficacia de los ejércitos de pequeños estados.

A Villar-Arregui sólo se le interpeló una vez. La cuestión promovida se centraba en si la inconsecuencia no se halla más bien en el acto administrativo reconocedor de sectas religiosas, las cuales incluyeron dentro de su ideario la objeción de conciencia, que en la postura del Gobierno. El jurista conferenciante partió de la base de que la Ley de Libertad religiosa tiene el carácter de posterior en relación a la del servicio militar obligatorio, que era de «antes de 1936». Su oponente le contradijo, manteniendo que, según creía, esta última había comenzado a regir en 1971, pero aquél respondió diciendo que era un decreto el que entró en vigor entonces.

La concurrencia concedió una salva de aplausos a uno de los partícipes, quien se declaró acorde con que las ideas vertidas por José Mara de Llanos coinciden con el criterio del «hombre de la calle», y otra al muchacho que dio oportuna lectura a un texto conciliar sumamente laudatorio para los componentes del Ejército.

Antes de concluir, y sin entrar en el fondo de la problemática de la objeción de conciencia, la cual, a mi entender, quedó pulverizada a través de los numerosos contradictores del padre Llanos, desearía formular una cuádruple apostilla sobre tal conferencia, cuyo desarrollo y resultado supongo que no habrá inundado de alegría a sus protagonistas y organizadores.

Primera. Es de destacar el pluralismo uniforme: tres conferenciantes y los tres partidarios de la objeción.

Segunda. Asombra que un jesuíta se atribuya la voz del «hombre de la calle», pero, sobre todo, el asombro no tiene límites cuando osa afirmar, con increíble frivolidad, ante un público «mayor de edad», que la Iglesia carece de una doctrina, que sabemos fue iniciada por San Agustín y desarrollada por Santo Tomás, Suárez y Vitoria, para volver a replantearla, en la actualidad, Pío XII, Juan XXIII y el Concilio Vaticano II. No podemos ocultar la lástima que nos causan estos tremendos *lapsus* en quien antaño desempeñó con genuina eficacia el papel de dinámico formador de juventudes, al cual uno de los interpelantes expresó su gratitud por el influjo benéfico que había ejercido en su formación, para extrañarse de verle sustentar ideas contrarias a cuanto enseñara antes.

Tercera. La Ley del Servicio Militar Obligatorio lleva fecha de 27 de julio de 1968, y en virtud del Decreto 1.590/69 entró en vigor el 1 de enero de 1970, junto con el Reglamento de la misma, aprobado por Decreto 3.087/69. La Ley de Libertad Religiosa lleva fecha de 28 de junio de 1967, y la principal disposición complementaria es la Orden de 5 de abril de 1968.

Desearíamos que en lo sucesivo, antes de presentarse a pronunciar una conferencia, el orador, que asiste en su calidad de técnico del Derecho, se ilustre adecuadamente acerca de la normativa legal rectora del tema que ha de abordar. Además, aprovechamos la ocasión para decir que la entrada en el registro especial del Ministerio de Justicia de cualquier grupo patrocinador de la objeción de conciencia viola, a nuestro juicio, la letra del artículo 15, en relación con la del 21 de la mentada Ley de Libertad Religiosa.

Cuarta. Finalmente, expresamos la confianza en que quienes hoy piden el empleo de expedientes legislativos como la Ley «de perrogativa» o el Decreto-Ley, para dar solución al problema planteado por las sucesivas condenas recaídas sobre el objetor de conciencia, mañana no se atrevan a formular ninguna crítica o reproche cuando el Poder haga uso de los referidos expedientes normativos a fin de resolver otros problemas similares.

CENTURION

Los hay muy graciosos

Nadie puede dudar que lo son casi todos los miembros de la Conjunta que, según me aseguran, han acudido a los más afamados oculistas y consultado sobre la manera rara con que ven las cosas.

Tras un examen detenido y minucioso, y estudiado por todos los doctores el caso, el dictamen ha sido que, aunque no con síntomas muy graves, padecen de conjuntivitis, y ésa es la causa de que quieran volver a tratar de los puntos de la Conjunta y condenar a los obispos del 1937, no sólo españoles, si que también los de la mayor parte del mundo, que calificaron de Cruzada la gloriosa guerra de Liberación. Ello les estorba también y les impide ver la serie de ginebrinos que pululaban por aquella desdichada asamblea, como les impide ver otras cosas, por lo que cada vez aparece ser de más urgente necesidad una operación.

Creemos sinceramente que si en vez de tantas reuniones y asambleas conjuntas o sin conjuntar, se prestara más atención por todos al cumplimiento del deber y se restableciera la disciplina y la actividad parroquial y se fomentara el culto y se volviera a los actos de piedad, ganarían mucho los fieles, que podrían así librarse de los ataques huracanados del materialismo.

Tenemos a la vista algunos boletines parroquiales de antes de la Cruzada, y en uno de sus números vemos, aparte de artículos orientadores para la vida religiosa, el anuncio de los cultos para el mes de junio. Misas en los días festivos 5, 7, 9 y 11. Días laborables, dos fijas, a las siete y a las diez. Por las tardes, Santo Rosario, a las ocho. En este mes se celebrará el Novenario al Sagrado Corazón de Jesús, con sermón. Esto solían ser todos los boletines parroquiales, aun en tiempos de persecución, como el aludido, que es de 1935, y en el que también se anunciaba la procesión con la imagen del Sagrado Corazón y algunos actos de piedad, como el primer viernes. Hoy los pocos boletines parroquiales que se publican y los que pudieran publicarse podrían anunciar los siguientes cultos: la iglesia cerrada todo el día. Si alguien precisa ver al párroco o coadjutor, que vaya al colegio A, a la academia B, al bar o a donde se le antoje, menos en la sacristía o casa rectoral.

Si alguien juzga esto exagerado, advertiré que me refiero a los de la Iglesia de hoy, no a los de la Iglesia de siempre, y sin temor a ser desmentido, reafirmo que no se atienden por esos sacerdotes sin sacerdocio las necesidades de los fieles, y que demasiado arraigada estaba la fe en España cuando sobrevive a tanto ataque del exterior y sobre todo a tanto solapado enemigo del interior, como son los sacerdotes y aún más que pertenecen al I-DOC, al comunismo o a la masonería.

Portae inferi non praevalebunt, y esto aunque se quiera desconocer la existencia del demonio.

BRUJA VERDE

La inefable visita de sir Alec

Por PIO CARDENAL

Sir Alec Douglas-Home, secretario de Estado británico de Negocios Extranjeros, se ha dignado hacernos una visita, cuyo objeto no hemos acertado a descubrir todavía. Pocos encuentros diplomáticos se habrán celebrado a lo largo de la Historia con resultados más pobres. Escaso número de españoles habrán puesto sus esperanzas en estas conversaciones, porque de antiguo conocemos el paño; pero nuestro negro presagio se acentuó sobremanera desde los primeros momentos. Cuando sir Alec se asomó, con su habitual alegría, a la portezuela del avión, sin portar paraguas, comprendimos que no habría concesiones, que todo quedaría en nada, como así ha sido.

Desechado por inverosímil que la visita del ministro del Foreing Office tuviera el menor propósito negociador, hay que pensar que, con su venida, sir Alec sólo trataba de gozar por unos días de las delicias de la cocina española, de la que, gracias a unos y a otros, tanto ha podido disfrutar, y con mayor entusiasmo si tenemos en cuenta que el arte culinario inglés es uno de los peores del mundo. Tampoco creemos que los temas tratados en los ágapes hayan malogrado sus espléndidas digestiones, pues, en relación con esta visita, no se puede utilizar con propiedad la frase, un tanto manida, de «comidas de trabajo», por la sencilla razón que nadie se habrá tomado tal trabajo, pues, según nos cuenta la gran prensa, siempre tan bien informada, los encuentros no han sido a nivel de negociaciones, sino al de simples conversaciones que, a más de animar, no comprometen a nada. Para que nadie pensara torcidamente, desde un principio sir Alec se encargó de echarle agua al vino: «No es probable —dijo— que resolvamos el asunto de Gibraltar en unos días.» En lo cual tiene razón sir Alec. ¿Para qué tomarse esos apresuramientos cuando los españoles llevamos doscientos sesenta y siete años y medio de espera a base de tratos y conversaciones sin que el asunto se haya resuelto y, más aún, sin que haya avanzado un solo paso? Esperar lo contrario hubiera sido sencillamente demencial. Harán falta aún muchas conversaciones, mucha gastronomía e incluso algún que otro almuerzo de trabajo antes de que pueda concretarse en qué siglo se retirarán los ingleses de Gibraltar. En esto hay que reconocer que sir Alec no engaña a nadie.

Esta visita podrá no servir para nada; pero como todo tiene su parte positiva, aquí también se dan estos factores, ya que siempre resultan interesantes e instructivos los contactos y las declaraciones que con tal motivo hacen las personas ilustres como sir Alec, no tanto por su condición de ministro, cargo del que puede ser removido cualquier día, sino por su calidad de miembro distinguido del «etablissement», o círculo interior de poder secreto de la política británica, no sometido al control de la democracia y, por tanto, de carácter permanente. Es por ello por lo que sir Alec, en su ingenuidad, «leyó una declaración de un secretario de Estado del Foreing Office en los Comunes durante la última administración laborista, en un curioso intento de ofrecer una identidad bipartidista en torno a este tema.» Lo malo para sir Alec es que todo quedó en «un curioso intento», pues todos sabemos que las cabezas de los dos partidos ficticios pertenecen al «etablissement», artificio bien montado para engañar a los incautos de los ingleses; pero no a los españoles, que en materia política somos ya mayorcitos.

En cuanto a sus brillantes declaraciones a la prensa, hay que reconocer que el antiguo alumno de Eton ha manejado con verdadera altura algunos conceptos de política internacional. Gracias a él nos hemos enterado de primera mano que Inglaterra, o el «etablissement» que la gobierna y domina, no respeta las decisiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, creadas por ella, que pudiera parecerle injustas, y por lo que se ve, la evacuación de la colonia se lo parece. El mismo caso, sólo que al contrario, se dio cuando el proceso de Nüremberg; allí Inglaterra, junto con sus galantes aliados, ahorcó como a bandidos a un Gobierno enemigo que no le había declarado la guerra, puesto que esta feliz iniciativa había partido de Chamberlain, porque le pareció justo. Tanto en un caso como en el otro hay un común denominador, bastante alejado por cierto del principio jurídico de que en un juicio no se puede ser al mismo tiempo juez y parte; pero estas son pequeñas leguleyadas a las que no se les da importancia en Eton ni tienen entidad suficiente como para paralizar la buena marcha de una gran democracia. Lo sentimos de veras por los caballeros de la O. N. U., que habrán acusado sobre sus cabezas el golpe tan duro que les ha proporcionado sir Alec con sus valientes declaraciones, pues tan útil institución ha quedado por los suelos como Tribunal Supremo de Política Internacional, como pretendieron inútilmente sus fundadores. Sabíamos de sobra que estos desplantes se practicaban, pero en esta ocasión hemos aprendido también que se dicen y con la mayor inverecundia.

Sin embargo, lo que más nos ha conmovido de sir Alec es su altísimo grado de humanidad, capaz de enternecer a cualquiera. No ha tenido reparo en dejar a Inglaterra como país colonialista, con lo que eso supone en la coyuntura actual, con tal de no dejar de la mano, de no desamparar a los habitantes de Gibraltar. Ya no le interesa al Reino Unido la base militar, naval y aérea, ni su posible amistad con España, ni siquiera ahorrarse el dineral que le cuesta; lo único que le quita el sueño a sir Alec es la triste suerte que puedan correr los llanitos después del abandono británico. Piensa, sin duda, el que fue lord Home, aunque no se haya atrevido a decirlo, pero sí a darlo a entender, que los españoles somos tan inciviles que descuartizaremos por las calles y muelles a los actuales vecinos de Gibraltar tan pronto tome el barco el último marinero inglés, y no es extraño que así piense, pues si utiliza la matemática regla de tres y calcula de forma que si los ingleses, que son tan liberales y tan civilizados, han llegado a reducir a la triste condición de semisiervos a la minoría católica del Ulster, ¿qué género de atrocidades no serán capaces de cometer con los gibraltareños una gente tan fanática y oscurantista como los españoles? Comprendemos que tal panorama le resulte aterrador.

Pero sin discusión, el lado más sombrío de la visita de sir Alec es que hemos podido comprobar cómo baja de tono el equipo gobernante inglés, sin distinción de partidos, raza o religión. El primer ministro, Mr. Heath, dice por ahí que lo primero que hay que averiguar es si España pertenece a Europa, y sir Alec, que «nunca perdió el buen humor», lanza el sarcasmo, tan innecesario como de mal gusto, de «que resulta extraño en nuestros días, pero el caso es que a algunos les gusta estar colonizados por los británicos», con total ignorancia de que allí sólo hay unos militares británicos y una población prefabricada por el Gobierno inglés. Para este viaje no necesitaba alforjas el ministro británico, si quería sólo decir las cosas tan desagradables que ha dicho, y dado que no ha celebrado ningún desayuno de trabajo con la oposición al régimen, bien le hubiera bastado una tarjeta postal, y, por favor, que no vuelva si no es para fijar de una vez la suerte de Gibraltar. No diríamos lo mismo de su Premier, cuyo veraneo en nuestras playas del sur le sería de mucho provecho, pues podría comprobar por sí mismo los límites de nuestro continente, que por lo que se oye, los tiene muy imprecisos; gozar del buen clima y de las conversaciones con el señor Pemán y, sin miedo a tinterazos y otras ordinarieces, podría disfrutar ampliamente de la conocida hospitalidad y buena acogida de alguna gente.

Desde México

Candorosa carta al Director

Señor Director de la revista ¿QUE PASA? Madrid.

Muy querido Director: Hoy, 5 de marzo, publica el diario «Excelsior», de esta ciudad de Méjico. un resumen de la carta que la Sagrada Congregación para el Clero dirige al Primado de España.

Al leer ese resumen, no he podido menos de exclamar: «Gracias a Dios, que al fin ha venido lo que tenía que venir y que tantos estábamos esperando.»

Lamentable es que ese mazazo propinado a la desgraciada Asamblea Conjunta, haya recaído sobre el episcopado español, habiendo tantos episcopados más avanzados y a los que nadie les dice NADA. Pero sobre mi condición de español he puesto siempre mi fe cristiana y católica, y pienso que esa carta abrirá los ojos a tantos obispos y sacerdotes que hoy padece la Iglesia y que adolecen de las mismas y mayores fallas que fustiga el Vaticano en los acuerdos de la Asamblea Conjunta.

Claro que, como decimos aquí: No toda la culpa la tiene el indio, sino el que lo hace COMPADRE. Y ¿quién es el COMPADRE de esos asambleístas de la Conjunta?

En esta capital se ha publicado un libro titulado «LA IGLESIA MONTINIANA» (el señor Gil Sagredo podría escribir un apéndice sobre España), que le ha valido a su autor una declaración de ex comunión. Lamentable ha sido su publicación, que, por otra parte, parece haber tenido la eficacia del canto del Gallo, que despertó a Pedro de su letargo, y la de los graznidos de los gansos del Capitolio, que despertaron a Manlio y a los ilustres senadores de Roma, salvando así a la CIUDAD.

Al fin, el mismo Vaticano ha dado la razón a los admirables escritores de ¿QUE PASA? Un crédito para nuestra querida revista.

Del señor Director, afmo. s. s.

J. S. GARCIA, sacerdote español.

Cuando los documentos no son "normativos" y los obispos son "dimisionarios" pasa ésto

Por S. GUERRERO DE LA IGLESIA

La impugnación, semejante a condena, hecha por la pontificia Congregación del Clero, de las conclusiones elaboradas por la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes españoles tiene suma importancia porque asienta la doctrina verdadera, y es muy grave al poner en descubierto los muchos errores que contienen y las equivocadas actitudes de quienes votaron aquéllas. El comunicado oficial de la Sagrada Congregación es un estudio prolijo y revelador de las insensateces acumuladas en dichas conclusiones, fundamentado en la auténtica e inamovible doctrina de la Iglesia. Y no son unos pocos asertos objeto de refutación, sino los más importantes acuerdos tomados en la lamentable Asamblea. Esto prueba la ignorancia, por una parte, y la reprobable intención, por otra, de cuantos aprobaron con su voto la falsa doctrina. Ignorancia de las disciplinas propias de su carrera y misión, lo cual hace suponer cómo andarán en las otras que les son ajenas; reprobable intención al dejarse llevar de pasiones y fobias reñidas con el carácter sacerdotal.

Una gravísima consecuencia que no puede paliarse, por más que se intente olvidar o desprestigiar el documento que desmiente oficialmente las conclusiones de la Asamblea Conjunta, es el mal lugar en que deja a parte de la jerarquía eclesiástica española, sin autoridad para seguir enseñando las verdades de la Iglesia. Ya que a los comprometidos les ha faltado el valor de rectificar y humildemente aceptar la dura lección, al menos debieron poner sus cargos a disposición del superior porque ahora, ¿quién les va a hacer caso en lo que pudieran enseñar si han demostrado su heterodoxia?

El pueblo fiel esperaba de la última Conferencia Episcopal una determinación que aclarase situaciones incómodas en no pocos de los reunidos; mas, por el contrario, ha comprobado la calidad de algunos prelados asistentes a la Conjunta y complicados en los errores doctrinales, repartiéndose los cargos con no disimulada destreza «democrática». Es preciso entrecomillar la democracia eclesial, porque todos sabemos cómo se han nombrado últimamente algunos candidatos episcopales. Basta saber el número de los llamados «progresistas», incrementado por los obispos auxiliares, «elevados» para ir con facilidad y seguridad al copo de puestos en los cargos de la Conferencia Episcopal. Alguien, muñidor entre bastidores de encuestas y otros enredos, monaguillo aspirante a los capisayos, ha tirado estas «chinitas» —él sabe el porqué de tal calificativo— demostradoras de nuestra razón: «En los últimos cuatro años (durante la nunciatura de monseñor Dadaglio) se han realizado en España 55 nombramientos episcopales; más que los hechos (53) durante los quince años de nunciatura de monseñor Cicognani. En los tres últimos años los obispos nuevos han sido el doble que durante los tres años anteriores.» Nosotros preguntamos: ¿Para qué? ¿Es que España los necesita?

Pero esto tiene poca importancia comparada con la del documento de la Congregación del Clero, que tritura las conclusiones de la Asamblea Conjunta. Y no se disculpe o pretenda aminorar su gravedad diciendo que no tiene carácter normativo —aunque lo escriba monseñor Villot—, pues el mismo Padre Santo le dijo al presidente de la Asamblea Conjunta: «Confío que ahora sabrán encontrar el camino para determinar unas conclusiones que no solamente estén en conformidad con la doctrina y con el espíritu de la Iglesia, sino que sean viables y concretas.» Luego si «ahora» ratifica que antes, en la Conjunta, desacertaron el camino, estaban en el error, y si no se rectifican, son contumaces y bordearán la herejía por defender unas conclusiones que no se conforman con la doctrina de la Iglesia, ni siquiera con su espíritu, en palabras del Papa.

De poco o nada sirven los acuerdos tomados por los asistentes a la Conferencia Episcopal, referente al documento, si antes no hay una declaración veraz y clara sobre cuanto se dice, no en un escrito «romano», sino una declaración oficial de una Congregación que es la autoridad suprema en lo tocante a la fe y a la moral, después de Su Santidad. Es preciso que el pueblo fiel de España sepa a qué atenerse. Las divagaciones confunden. Que si el Nuncio habló «con autorización superior» o si el Secretario de Estado se inhibió en lo dogmático o moral, porque no le incumbe, poco significa ante lo dicho por la Sagrada Congregación, a quien nadie puede desmentirla. Y menos quienes participaron y aprobaron las falsedades. Aunque tengan mayoría, pues los números no son la verdad, la justicia ni la razón. Si la Comisión Episcopal lleva a la práctica las conclusiones, como dice el comunicado, no dejan de ser heterodoxas, y por esto añade este párrafo importantísimo: «Para ello se tendrán en cuenta las normas vigentes, las enseñanzas conciliares, las doctrinas pontificias y el reciente Sínodo.» Lo cual es un reconocimiento disimulado del documento, que se basa en esas mismas fuentes auténticas de la verdad.

Habría que probar el contenido de la carta del cardenal Villot. El documento no estará aprobado por el Papa, pero no afirma que lo ignorara; ni conocido por la Secretaría de Estado, pues un escrito doctrinal, y que no tenga valor normativo, es una opinión particular; pero ni el señor Villot, ni el Nuncio, ni la jerarquía española pueden negar que lo que dice es la verdadera doctrina. Y esto es lo que importa.

Mientras no haya una rectificación pública, como públicas son las conclusiones erróneas, de quienes las aprobaron, la autoridad magisterial de cuantos las votaron y principalmente la episcopal, estará en entredicho.

La claridad absoluta y total pedida por el presidente de la Conferencia Episcopal al Vaticano se la exigen ahora a él los católicos españoles, perplejos y conturbadas sus conciencias.

LIGA DE LA SANTA MISA

El hombre moderno busca seguridades a todo nivel, quiere que sus necesidades estén cubiertas en el presente y en el futuro: existe el seguro de enfermedad, seguro de vida, de la vejez; se asegura el coche, un barco y un avión. Hasta la Renfe invita al viajero a asegurarse en el viaje. Esto, que parece invento moderno, no lo es. En el año 1729 una Liga de Católicos de Ingolstadt se arrodillaba delante de la Virgen María y «se aseguraba» la eternidad. La Liga se convirtió en Hermandad, oficialmente reconocida por la Iglesia y cuenta en la actualidad con 1.500.000 miembros en todo el mundo y cuyo número sigue en aumento.

¿QUE QUIERE LA LIGA DE LA SANTA MISA?

Intensificar la Devoción de los fieles a la Santa Misa, a la Santísima Virgen, en cuyo honor se celebran las Misas; ayudar al sacerdote necesitado y, sobre todo, tener el GRAN CONSUELO de que en esos momentos en que nos disponemos a dar el paso a la Eternidad, se nos aplican 2.500 Misas, cuya intención se hace todos los días en Ingolstadt por los agonizantes y por los que acaban de fallecer. La Asociación goza de Altar Privilegiado, y la Dirección asegura, además de las 2.500 Misas en el día del tránsito, seis Misas de Réquiem cantadas y 60 rezadas. Los asociados pueden ganar todas las indulgencias del Escapulario Azul y los privilegios de la Archicofradía de la Inmaculada Concepción de Ara Coeli, en Roma.

¿QUE CONDICIONES SE EXIGEN PARA PERTENECER A LA LIGA DE LA SANTA MISA?

a) Celebrar o hacer celebrar, al sacerdote que se quiera, una Santa Misa al año en un día fijo y a intención de la LIGA DE LA SANTA MISA. El dinero del estipendio se entrega al celebrante, como de ordinario se hace.

b) Se comunicará a la Dirección de la Delegación en Madrid (Padres Pablo Martín de la Sierra y Miguel Oltra, San Marcos, 3, Madrid, Hermandad Sacerdotal) el deseo de pertenecer a la Liga de la Santa Misa, nombre y apellidos del solicitante y día en que se celebrará (si es sacerdote) o hará celebrar al sacerdote, si es seglar. Desde aquí se les enviará el carnet de miembro y se comunicará la inscripción a la Central de Ingolstadt (Baviera). Para gastos de oficina se admite una limosna voluntaria.

c) La Hermandad Sacerdotal se responsabiliza de hacer celebrar las Misas que se le encarguen a la intención de la Liga de la Santa Misa, y de tramitar a la Central los nombres y direcciones de los miembros de la Asociación. Cuando fallezca un miembro se nos comunicará para darle de baja. Si se quiere formalizar directamente la inscripción, pueden escribir al MARIANISCHER MESSBUND 8070 INGOLSTADT/Donau 21 Bayern-Alemania. Postfach 2563. Si se nos envían estipendios de Misas, rogamos se nos diga el número de Misas a celebrar y las intenciones particulares. Nos serviremos de circulares para dar una idea más clara de lo que significa la LIGA DE LA SANTA MISA, a la que han pertenecido todos los Papas, desde Pío X hasta el presente Santo Padre, Paulo VI.

Hermandad Sacerdotal Española - Sección LIGA DE LA SANTA MISA. — PADRES MARTIN DE LA SIERRA Y OLTRA. — San Marcos, 3. - MADRID.

La Ley de Educación y la nueva terminología

Por Julián GIL DE SAGREDO

No os asustéis, queridos educadores y profesores privados, cuando, al repasar el Libro Blanco, la Ley o las Disposiciones complementarias de la misma, os topéis con relativa frecuencia con términos, vocablos o expresiones de difícil comprensión. Eso es precisamente lo que más destaca: la *novedad* y la *oscuridad* que desorienta, entontece, suscita la admiración e impone, al cabo, sus sistemas.

Es la táctica de la Tecnocracia y una de sus características externas que la identifican de manera inconfundible: envolver las ideas y las intenciones con un vocabulario inédito, chocante, pretencioso, rimbombante, llamativo: no se arredran ante neologismos, yuxtaposiciones, ambivalencias de sentido, propicias al equívoco y al error: poseídos por las furias de «los horizontes cambiantes», fabrican sin cesar nuevos términos y nuevos vocablos altisonantes, huecos y estériles, mediante los cuales pretenden pasar una ideología a veces caduca y trasnochada.

El vocabulario «educacionista» alcanza algunas veces límites que nos abstenemos de calificar. Ved algunos ejemplos:

«*Progreso tecnológico del ama de casa* (Libro Blanco), vulgo utilización de lavadoras, aspiradoras, secadoras, lavaplatos, frigoríficos y demás aparatos electrodomésticos.

«*Tasas de rendimiento*», por Notas, Aprobado, Notables, Sobresaliente o Suspenso (Libro Blanco).

«*Pensamiento cuantitativo*», en lugar de decir «Matemáticas» (Libro Blanco y Orden 16-XI-70).

«*Rendimiento educativo*», vulgo aprovechamiento en el estudio (Ley, art. 11).

«*Pruebas de madurez o suficiencia*» (Ley, arts. 20 y 28), por exámenes.

«*Apreciación cualitativa positiva o negativa*» (art. 11 Ley), vulgo «aprobado» o «cateado».

«*Tasas de centros docentes*», por precios de la enseñanza (art. 2).

«*Pasar de un nivel educativo a otro*» (art. 11), equivalente a pasar de «Elemental» a «Preparatorio» o de Preparatorio a Bachiller, etcétera.

«*Areas de conocimiento*». «*áreas de actividades educativas*» (artículo 17), en lugar de decir «asignaturas» o conjunto de asignaturas.

«*Area del lenguaje*», por Lengua y Literatura; «*área social y antropologica*», por Geografía e Historia, etc. (art. 22).

«*Enseñanza de recuperación*» (art. 19), por repaso o repetición.

«*Certificado de escolaridad*» (art. 20), expresión eufemística para que no se acompleje el alumno por sus «calabazas».

«*Apertura de expediente y prueba de evaluación*» (art. 97), en lugar de «derechos de examen» o «matrículas».

Para qué seguir...: «*revolución silente*» (Villar Palasí), «*estructura ocupacional*» (Libro Blanco), «*exigencias psico-pedagógicas*» (ídem), como si la pedagogía no incluyera la «psique», etc.

• Otras veces el vocabulario «educacionista» se vuelve oscuro, confuso y nebuloso, como en los siguientes ejemplos:

«*Promover la movilidad*» (Villar Palasí), algo así como mover lo que en sí no es movible.

«*Etapas de evolución psico-bio-lógica del alumno*» (Libro Blanco), expresión reiterativa e innecesaria de un mismo concepto.

«*Adopción del tipo de unidades más adecuadas*» (ídem).

«*Coherencia horizontal de los programas*». Esta vez el mismo Libro Blanco tiene que explicar su terminología, diciendo que se trata de armonizar las distintas materias de cada curso.

«*Información profesiográfica y profesiológica*» (ídem), etc.

Todas esas expresiones y otras por el estilo son un acabado modelo de estilo conceptuoso, enredado, confuso y altisonante, que nos recuerda a Góngora o al Padre Isla en su «Fray Gerundio de Campazas».

• Pero el vocabulario «educacionista» incurre frecuentemente en inexactitudes de conceptos, v. gr.:

«*Ideas sin opción*», donde se confunde lo «intelectivo» aprehensible por fuerza si es verdadero, y por tanto sin opción, con «lo volitivo» contingente, objeto propio de la opción.

«*Mecanismo orgánico*», como si la máquina pudiera ser en rigor orgánica o el órgano pudiera ser máquina.

«*Máquina de enseñar*», como si la máquina pudiera crear o transmitir ideas o conceptos, en lugar de sonidos, cuya captación traduce el oyente en conceptos (Libro Blanco).

«*Energía formativa*» (ídem), como si un elemento puramente material fuera capaz de formar la inteligencia y la voluntad del hombre.

«*La educación tiene cantidad y tipo*» (ídem), expresión bastante grosera, aparte de su falsedad, por cuanto los valores morales no son susceptibles de ser pesados y medidos por instrumentos materiales.

• Finalmente —y esto es lo peor—, la terminología «educacionista» resulta *reiteradamente tendenciosa* y a través de la misma trasvasa el fraude ideológico.

Cuando une y asocia, por ejemplo, dos términos y conceptos dispares, «*Política educativa*», parece, a primera vista, que se trata de una yuxtaposición normal y legítima, pero en realidad está inoculando a través de esa terminología el sofisma, puesto qué hace objeto de política unos valores de orden moral, que son los propios de la educación, anteriores y superiores a toda política.

«*La igualdad de oportunidades*» tiene el retintín de lo demagógico, porque su aparente contenido merece la aceptación plena social, pero de hecho oculta todos los proyectiles que desde esa plataforma inofensiva pueden teledirigirse contra la enseñanza privada para gravarla, hipotecarla y extenuarla hasta lograr su total extinción.

Presume la Ley de «*trabajo en equipo*», cuando lo cierto es que una mente rectora única impone despóticamente su mentalidad y su criterio.

«*La incesante búsqueda de la verdad*», que casi equivale a una «contradictio in terminis», es la consagración oficial del evolucionismo.

«*El ejercicio responsable de la libertad*» es el pretexto legal para coaccionar y aprisionar la responsabilidad de los padres y de sus delegaciones en asociaciones y centros docentes.

«*La democratización de la enseñanza*» (Libro Blanco) es igualmente una especie de latiguillo oratorio y demagógico, porque bajo ese señuelo de aceptación popular, sin explicar ninguno de ambos términos y conceptos, se puede amparar y cobijar una amplia campaña contra la enseñanza privada.

«*La educación como permanente tarea inacabada*» (Ley-Preámbulo), aparte de su contradicción intrínseca, es una segunda consagración del principio evolucionista.

«*El estudio como deber social*» (art. 3) y «*La educación como servicio público*» (ídem) degrada la categoría del estudio y de la educación, es decir, de los valores intelectuales y morales, para aprisionarlos dentro de la órbita social y laboral, subordinando la persona a la comunidad y el espíritu a la materia.

CONCLUSION.—La terminología de la Ley de Educación es el disfraz que emplea el mando tecnócrata para deslizar a través de su vocabulario, *nuevo, oscuro, inexacto* y *tendencioso* la ideología del evolucionismo materialista y del monopolio y control estatista y totalizador sobre la educación familiar y sobre la enseñanza privada.

A Dios, todo honor y toda gloria

Por JULIA RIBAS

Cuando oigo comentar que tal o cual jerarquía eclesiástica ha rehusado honores o bien ha prescindido de privilegios otorgados a su condición de príncipe de la Iglesia; cuando públicamente, con ostentación, algunos prelados no quieren aceptar tal o cual acatamiento, mi corto entendimiento se resiste a comprender que tales actitudes sean por humildad.

Porque si los honores y privilegios no son para «ellos», sino para lo que representan, ¿cómo pueden rehusar lo que para sí propio no es? Y ¿tan poco aprecian lo que representan que no desean sea ensalzado?

Si a los progresistas (de alguna manera hay que llamarles) tuviéramos que regalarles un lema, bien les cuadraría éste: «Quitar. Disminuir. Rebajar». Porque toda su actuación se centra en eso: en quitar, disminuir, rebajar todo aquello que a mayor gloria de Dios se refiere.

Me viene a la memoria un hecho poco conocido del inolvidable Papa Pío XII. Poco conocido porque Pío XII, a la inversa de ciertos «humildes» de nuestros días, no publicaba ni voceaba sus actos de humildad.

El hecho fue conocido por una imprevista circunstancia. Durante la travesía del «Conte Grande», en su viaje de regreso del memorable Congreso Eucarístico celebrado en Buenos Aires, el Nuncio de Su Santidad, monseñor Pacelli, ocupaba un camarote con el rango que correspondía a su dignidad eclesiástica. Pero se supo que monseñor Pacelli no descansaba en su cómoda litera, sino en el suelo.

Pío XII sí sabía distinguir. No pidió ni voceó públicamente un camarote de inferior categoría, sino que, como jerarquía eclesiástica, aceptó lo que le correspondía, pero, como humilde servidor de aquella jerarquía, se acostaba en el suelo, en sacrificio y también para ofrecer a Dios lo que él consideraba su pequeñez. Por humildad cara a Dios, y no cara a los hombres, como hacen algunos en nuestros descristianizados días.

A DIOS, TODO HONOR Y TODA GLORIA. Y bueno sería que ciertos prelados restaran un poco de su tiempo a sus tareas sociológicas y temporales y se dedicaran a meditar que los honores, prebendas, acatamientos y privilegios que se les rinde no es a «ellos», sino a lo que representan; honores y acatamientos que aquí en la tierra, por mucho que sea, siempre será poco, para mayor gloria de Dios y de su Iglesia.

Sospechosas similitudes

Por MANUEL PEDROSA

No hace muchos días hallé en el buzón de correspondencia de mi domicilio un impreso de propaganda protestante, editado por una determinada secta. No es de mi gusto recibir esta propaganda herética y sectaria, pero como «disfrutamos» (es un decir...) de un régimen de libertad religiosa, me tengo que «tragar» el impresito, con el consiguiente peligro para mi fe. Pienso qué podrá ocurrir cuando tales impresos propagandísticos caigan en manos juveniles o de poco instruídos en religión, en el daño inmenso e irreparable que tales hojas impresas o folletos pueden ocasionar en las almas.

La hoja en cuestión exponía, sucinta y esquemáticamente, el credo religioso de la secta editora, aquella que lo hacía llegar a mis manos. Los puntos de doctrina expuestos tenían su «miga», especialmente por las deducciones que pude sacar de su lectura. Lea, compare y reflexione el lector de ¿QUE PASA?. Decía así:

● Nosotros creemos en la verdad contenida en la Biblia, a la que consideramos como única fuente de la Revelación.

● En nuestra Iglesia, cada creyente confiesa sus pecados directamente a Dios, sin necedad de intermediario alguno, y por Dios le son perdonados.

● Nosotros celebramos la Cena del Señor, en recuerdo de la que celebró Jesucristo la víspera de su Pasión...

¿Qué les parecen a ustedes estos puntos «dogmáticos» de una religión falsa? El primero: Sólo la Biblia... ¿No estamos asistiendo los católicos a un desprecio casi unánime de la Tradición, puesto de manifiesto a través de lecturas y más lecturas en la misa, de homilías y cursos sobre la Sagrada Escritura en número tal vez excesivo y a veces fuera de lugar, todo ello con el pretexto de que los católicos tenemos la Biblia muy olvidada, mientras que, como antes hemos dicho, apenas de la Tradición se dice una palabra, tal como si careciera de importancia y validez?

El segundo punto doctrinal de la secta herética, arriba reproducido: La confesión de los pecados... Ultimamente estamos asistiendo a un intento de lavado de cerebro colectivo, en relación con este Sacramento, indispensable para la salvación de los que han pecado después del Bautismo Se intenta, por supuesto, sembrar dudas sobre su efectividad, según se ha comentado en estas páginas de ¿QUE PASA? ¡Qué coincidencia con la doctrina de las sectas protestantes, que sólo confiesan, dicen, sus pecados a Dios!

Punto tercero: La Cena del Señor... De siempre ha sido considerada la Santa Misa, porque así lo es en realidad, como el Sacrificio del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo en el Calvario, renovado en forma incruenta sobre el ara. Pero ahora ya se han introducido ceremonias y palabras que tal vez pudieran desvirtuar el rito, la pura esencia de la Misa. Ya se nos dice a los fieles en el momento de la Comunión: «Dichosos los llamados a esta Cena...» De la presencia real (y no simbólica o evocativa) de Jesús en el Sacramento, los protestantes, nada. Y así se comienza ahora a hacer entre nosotros. Ya veremos a dónde llegamos.

Como ustedes pueden observar, son muchos los puntos de coincidencia de la fe retorcida de los protestantes con las actuales tendencias doctrinales y litúrgicas que se elaboran y ofrecen a los católicos. Así lo hace observar el señor Obispo de Vitoria en el «Boletín Oficial» de su diócesis, número de mayo de 1971, en el cual escribe:

«Era de esperar que la doctrina y piedad eucarísticas fueran objeto de embates más o menos disimulados, PORQUE ES EL EMPEÑO DE PROTESTANTIZAR A LA IGLESIA CATOLICA, enorme fallo que figura en el debe del balance posconciliar...»

La cosa está clara, ¿no es así? Lo señala un Obispo español, de aquellos que palpan y ven claramente la realidad de las cosas, el ataque más o menos solapado que actualmente sufren nuestra doctrina y nuestra liturgia.

Un último detalle. Por la culta y selecta pluma de F. P. de Chanteiro se está glosando últimamente en estas páginas de ¿QUE PASA? el triste suceso de la presencia de un Obispo católico, el de Salamanca, en la ceremonia de inauguración de un templo protestante en la ciudad del Tormes, el día de la Virgen del Pilar del pasado año. Según el diario salmantino «El Adelanto», de fecha 13 de octubre de 1971, cuando llegó el momento de la comunión, con ambas especies, durante el acto cultural celebrado, los comulgantes recibieron en la mano las referidas especies. Tómese nuevamente nota: comunión —falsa e inexistente, por supuesto— de los «hermanos separados», DADA EN LA MANO (y suponemos que también recibida de pie), como ya se ha empezado a hacer en los templos católicos en algunos lugares de España y del extranjero y nuestros propios ojos lo han podido ver. No hacen falta más comentarios, ¿verdad?

ES PRECISO QUE SE SEPA

Por A. TIZA

...que las pasiones ciegan a los que no llegan a dominarlas hasta extremos increíbles. La antipatía, alcanzando ya los grados de la aversión o la vesanía del odio, el despecho, la ira concebida, por ejemplo, por el descontento, la desilusión, por algo esperado —cargos, puestos destacados, honras— y no alcanzado... ¡Tantas cosas y frustraciones extrañas engendran peligrosos estados de ánimo! Y esto, si no se domina, si aparece la envidia, los celos, las ideas de venganza en el secreto del corazón de seres más o menos primarios, aunque exteriormente no aparenten serlo, puede producir tremendos males de consecuencias irreparables. Si repasamos la historia de los últimos cuarenta años nos daremos cuenta de la enorme influencia que pasiones personales tuvieron en la marcha de los asuntos públicos de España. El despecho por no haber obtenido algún título nobiliario esperado, las destituciones causa de envidia y amargura en los que las sufrieron... Cuando cayó como una plaga sangrienta la república en España se habló mucho de **LOS MONARQUICOS SIN REY**. Nunca se pierde una causa por los enemigos; se pierde siempre por estos dos factores: los TRAIDORES y los CONTEMPORIZADORES. Abramos bien los ojos; el ataque sistemático, constante, abrumadoramente constante hasta alcanzar ya los grados de la ridiculez por las excusas y los MOTIVOS en que intentan fundarse y apoyarse ese ataque contra el Régimen de España, las incomprensibles trabas al desenvolvimiento normal de las leyes civiles del Estado, las trabas puestas de continuo en el camino de nuestra legislación, muchas veces por los que DEBIERAN conocer el acatamiento de JESUCRISTO a las leyes, incluso de la invasora Roma... y su definitivo «DAD AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR»... La hostigación contra el Estado y sus disposiciones, la crítica y hasta la INJUSTA CONDENACION o intromisión en asuntos sobre los que no se tiene autoridad alguna.. El trabajo de zapa por el que se va minando al Régimen paso a paso por sorprendentes medios que atentan a la INDEPENDENCIA de nuestra Patria... Todo eso, ¿a qué obedece...? Si lo descubriéramos quedaríamos asombrados; dejando aparte personas que, aunque habiendo cursado serios estudios, dan muestras patentes de una ignorancia y de una vulgaridad mental que raya en la rudeza, puesta de manifiesto en sus actuaciones y palabras, personas que pudiéramos llamar hasta cierto punto inconscientes, llegaríamos a pasmarnos ante otras que ostentan cargos y dignidades de enorme responsabilidad. Estas personas se ponen públicamente en evidencia, se DESCUBREN en sus sentimientos; cuando hablan creyendo que aquellos que les escuchan están persuadidos de que hablan por los motivos que expresan, motivos SOCIALES, RELIGIOSOS, DE DENUNCIAS PROFETICAS... Cuando —todo es posible— tal vez ellos mismos llegan a creer que luchan por aquellos motivos ¿saben que están haciendo un mal, un daño incalculable en importancia y en sus dimensiones? ¿Se dan cuenta de que están empujando a su propio país a otro baño de sangre después de haber sembrado la división, el descontento, el odio, y la envidia entre hermanos? Para un desahogo de cualquier pasión personal no dominada, ¿llegarían si lo advirtieran a **DONDE ESTAN YA LLEGANDO?** Pero si la entrega a la pasión que CIEGA, si esta pasión se ha apoderado del alma, no así cuando al apuntar esa pasión da el alma lugar y consiente y alberga la pasión que inevitablemente, al crecer, HA DE CEGARLE. Por eso yo pregunto: si una providencia especialísima de Dios no salva a España de nuevas y terribles jornadas sangrientas, ¿podrán éstos, que de esta forma actúan ahora, **cuando aún es tiempo de evitar aquellos males**, huir a las palabras de CRISTO? «He aquí que Yo envío a vosotros profetas y sabios y doctores, y de ellos mataréis a unos, crucificaréis a otros y a otros azotaréis... y los perseguiréis de ciudad en ciudad: **para que venga sobre vosotros TODA LA SANGRE INOCENTE que se ha vertido sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo —(¡Y VUESTRO HERMANO!)— hasta la de AQUELLOS QUE MATARAN EN LOS TEMPLOS Y ANTE EL ALTAR.** En verdad os digo que todas estas cosas VENDRAN SOBRE ESTA GENERACION.» ¿Podrán escapar a esas terribles palabras...? O exclamarán en aquel desolado gemido: «¡Luego **nos equivocamos!**»

LA MODERACION, EL CARACOL Y EL UNGÜENTO BLANCO

Escribe ROBERTO G. BAYOD PALLARES

¡Se ha inventado el «centro» en política! Ese centro será la panacea que resuelva todos los grandes males que aquejan al pueblo español, según sus sabios investigadores. El centro será como un caracol, que ni es carne, ni pescado, ni verdura, ni fruta. El centro también se parece al caracol en que es baboso y que sube y baja.

El invento lo han hecho nada menos que altos cargos cesantes. Cuando se produjo ese forzado cese, se llevaron un disgusto no moderado, sino extremoso, y no habiendo demostrado nunca moderación, propagan una moderación que se creen haber inventado.

Nosotros les acusamos de plagio, pues la moderación, ese ungüento blanco, ya la inventaron y la ejercieron políticos de tanto renombre como los generales Espartero, Prim y Serrano en el pasado siglo y Canalejas, Alcalá Zamora, Maura (don Miguel), Lerroux y Azaña en este siglo, y todos de triste memoria. La lección es desoladora y coincidente, a pesar de que todos no estaban en el mismo centro.

El ex ministro Ruiz-Giménez es el campeón de una moderación centrista muy ensalzada por los extremistas del partido comunista. ¿A qué extremo nos puede llevar ese centro?

Otro ex ministro, Fraga, ha inventado (?) otro centro diferente, en unos términos tan vagos e imprecisos que no es posible saber dónde está, para qué sirve y a quién puede integrar. ¿Qué «extremo» pretende?

En vista de todo esto, no he podido rehuir de la confusión que produce el buscar un centro en un espacio que me parece que es la cuarta dimensión o, al menos, ¿cuál es el centro en la superficie de una esfera? Pensando en el tema, me he hecho las siguientes consideraciones, que les ofrezco a nuestros lectores:

— Ama el Señor los caminos que van hacia la **derecha**, pero aborrece los que están a la **siniestra**, pues son caminos de perdición. («Palabra de Dios». Proverbios IV, 27.)

— En un extremo está el infierno; en el otro está el cielo, y en el centro el «limbo». ¿Por qué tanto interés en que estemos en el limbo?

— La luz —que es la verdad— es como un extremo, y las tinieblas —que constituyen el error— son el otro extremo. ¿Qué es la penumbra? La duda, la incertidumbre, la confusión, ¡el centro!

— No es lo mismo ser extremista de la moderación, que un moderado extremista. ¿Existen los moderados de la moderación? Los que propugnan la moderación lo toman con tanto interés, con tanta pasión defienden ese «centro», que bien pueden ser calificados de extremistas, pues coaccionan para la moderación. ¡Qué hipocresía!

— **¡Madrid** está en el centro! Roma está en un extremo centro. **Navarra, Covadonga, San Juan de la Peña, Roncesvalles, el Maestrazgo y Quintillo** están en los extremos

— En el extremo superior de los templos está la Cruz. El altar está normalmente en un extremo. En el centro no hay nada en concreto.

— Cristo es el «alfa» y la «omega», el principio y fin de todas las cosas, esto es, forma ambos extremos sobre el que gira un eje y sobre él el mundo.

— Los que ensalzan las excelencias del «centro» lo desean para los demás. Esos promotores perciben [illegible] sueldos más extremos. ¿Por qué no optan por un sueldo «moderado»?

— Los partidarios del centro implantaron la «Dictablanda», en la que se fraguó la ruina de España, cuyo último alcalde de Madrid ya fue un señor Ruiz-Giménez. Otros que se creían más centristas nos dieron la República, que siempre actuó con extremos tales como el de **«tiros a la barriga»**, ordenados por el moderado Azaña. ¡Claro! ¿Sería porque la barriga está cerca del centro?

— La cabeza está en un extremo del cuerpo humano. También lo están los pies y los brazos. El corazón está en el centro, pero en un extremo del centro. Lo que verdaderamente está en el **centro es el estómago**. ¿Por qué será? Es mucho lo que esto puede explicar. ¡Estómago y cartera!

— El quicio sobre el que gira la puerta está en sus extremos. La cerradura está en un lateral. ¿Qué hay en el centro?

— Las ideas políticas son como una circunferencia, van dando vueltas, corren y algunas se precipitan. ¿Dónde está el centro de una circunferencia?

— El «champagne» se toma en frío; el café, en caliente, y el agua templada, cuando se está enfermo, pero ¡produce vómito! ¿Qué produce el centro político?

— En la cara hay un ojo en cada extremo; la boca está en el centro, ¡cómo el estómago y la barriga! Ahora me explico el por qué los «pancistas» (no de Sancho Panza, sino los amigos de llenar la «panza») son centristas.

— En los extremos de los océanos y de los mares hay vida humana. ¿Qué hay en el centro? Soledad, viajeros de paso.

— Cristo nos aconsejó la perfección no la medianía. La perfección divina es extremadamente perfecta, permítaseme la redundancia.

— Es verdad que el círculo tiene un punto central y que es el punto medio de todos los diámetros, pero no es menos verdad que es el punto extremo de todos los radios. También los políticos que se creen estar en el centro están en el extremo de aquellos que no opinan como ellos.

— Los políticos moderados se creen que tienen todo lo bueno de los partidos de los extremos. ¿Por qué no opinar que tienen o fusionan todo lo malo de los partidos extremos, ya que los extremos se juntan?

— Por la carretera se circula por uno de sus extremos, por la derecha; y se avanza por el otro extremo, por la izquierda. Salvo en la soledad, circulando por el centro ni se avanza ni se deja avanzar. Eso mismo es lo que realizan los partidos que se autotitulan «moderados», que ni están parados en la orilla ni corren, sino que son causa del atasco.

— El Evangelio nada dice del centro de la vida de Cristo, se ocupa de sus extremos, de sus primeros y de sus últimos años.

— Los elementos esenciales de un coche tampoco están en el centro, sino en los extremos. En el extremo inferior y laterales están las ruedas, y en la parte delantera o trasera está el motor. El volante está hacia el centro, pero hacia un centro lateral.

— Dios, en el Decálogo, no prescribió moderación, sino que fue tajante en sus preceptos. **¿Acaso dijo que se blasfemase o calumniare con moderación?** Sería una moderación el que hubiera preceptuado que no deseáramos a la mujer del prójimo que vive en el quinto izquierda, pero sí a la del quinto «centro».

— El día más largo y el más corto del año son los que dan principio y fin a las estaciones. ¿Quién se ocupa de la importancia que tiene el centro de cada una de tales estaciones?

— El heroísmo está en un extremo, la traición abierta y descarada, en el otro. En el centro no está más que la cobardía. Los cobardes no son más que parásitos que chupan de unos y de otros.

— Cristo no pasó su vida como un centrista o mediocre, sino como sumamente santo, extremadamente perfecto hasta el extremo de entregarse hasta la consumación de los siglos. ¿Fue un mediocre San Pablo? El que puede ser calificado como mediocre y moderado fue Pilatos. El momento de «centrismo» de San Pedro fue el único detestable de su vida, el de que «quería, pero no quería».

— No es cierto que en el centro esté la virtud, salvo cuando ese centro sea el punto extremo de la virtud, esto es, cuando ya no se pueda llegar a más sublime virtud.

Otros pensamientos pudiéramos hacer y transmitir, pero creemos que son los suficientes para que los lectores vayan pensando en las excelencias de esa moderación, falsa moderación que por la fuerza nos quieren imponer. Coaccionan las mentes para introducir la moderación, esa actitud centrista que es el extremo de la hipocresía política.

¡Que se callen los extremistas de la falsa moderación! Si efectivamente fuesen moderados estarían callados como tantos y tantos españoles que viven en silencio la gran crisis por la que atraviesa la Humanidad, porque están aterrados por tanto ungüento blanco y medias tintas con palmadita en la espalda y patada a los tobillos, simulando moderación.

VALORACION DEL SIGNO DE PAZ

El ceremonial del signo de paz ha sido incorporado a la Nueva Misa. Esta incorporación no es de una fija o uniforme manera, sino de un modo opcional de formas diferentes, según las costumbres y hábitos de Iglesias o Comunidades. La valoración del signo de paz se deriva de la actitud que la Iglesia asumió hacia el signo en cuestión y del valor que se le da en el Evangelio. En el pasado, el signo de paz pasó por muchas vicisitudes. Fue usado, nunca usado en días de penitencia, modificado, suprimido, retenido para sacerdotes, desterrado para el pueblo, y ahora resucitado con la opción de muchos modos posibles, según los muchos pueblos posibles. El signo de paz en forma de beso fue dado en las iglesias entre sólo hombre o entre sólo mujeres. Todo esto pone el signo de paz en una baja categoría de importancia. Respecto al Evangelio, el signo de paz no es tan importante como lo es el hecho de tener la paz con nuestro prójimo. «Si fueres al altar para hacer tu ofrenda y allí te acordares que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí delante del altar tu ofrenda y ve primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelve y presenta tu ofrenda» (Mat. 5, 23-24). La paz con otros se hace por la reconciliación con ellos antes de ofrecer el sacrificio. A la luz de estas enseñanzas, el ceremonial del signo de paz puede convertirse en una ceremonia vacía. Demasiada retórica y dramatización sobre el signo de paz, puede llevar a interpretaciones falsas. El pueblo, en general, recibió el signo de paz muy renuentemente. Se vio carente de atracción popular. Podemos concluir, por tanto, que el signo de paz no es de gran importancia, y por tal razón se le puede omitir cuando una exigua causa pastoral lo requiera.

Rvdo. SEBASTIAN MOZOS, OMI

¿QUIEN PIERDE LA FE?

Por JOSE MARIA PEREZ, PBRO.

Y sigamos ahora con una digresión. ¿No cabe todo en el área de un sermón?

La preocupación de una de las místicas más célebres de nuestro siglo, Teresa Neumann, de Konnesreuth, era el sacerdocio. Y por los sacerdotes oraba y se sacrificaba a diario. A cuantos sacerdotes, vacilantes en el cumplimiento de su alta vocación, a ella se acercaron, les devolvió no sólo el entusiasmo primero, sino también les aumentó la energía de la fe.

Son muchos los testigos que pudieron comprobar, durante los éxtasis de su pasión, que Teresa distinguía sin vacilar la mano ungida con la ordenación sacerdotal de la mano profana. Pero también, en el estado normal, sucedió más de una vez que reconocía a las personas consagradas a Dios en el sacerdocio.

Un día dijo a un visitante, aparentemente seglar, que le alargó la mano:

—Esas manos han llevado ya al Salvador...

Y la confesión del aludido fue terrible, al declarar ante todos los circunstantes que era realmente un sacerdote apóstata, confirmándose así que el sacerdocio es imborrable y eterno.

● Pero la fe bien puede perderse. ¡Para mal de perdidoso!

La célebre escritora francesa madame Staël era protestante. Una de las amigas, protestante también, le hizo saber que se había convertido al catolicismo. A lo que la ilustre literata contestó:

—Yo estoy resuelta a morir en la religión de mis padres.

—Pues yo, amiga mía, he decidido morir en la religión de mis abuelos.

● ¿Y no quieres tú morir en la religión de Nuestro Señor Jesucristo? «El justo, por la fe, vivirá» (Romanos 1, 17).

Ahora bien: otro de los impedimentos de la fe es la corrupción de las costumbres. El que vive mal, no recibe la verdad. ¡Imposible! En el agua clara y tranquila se refleja bien el sol; no en la que está turbia. Y lo propio acontece en la mente del hombre.

Si es la vida irreprensible, muy fácilmente llega a la fe: pero el hombre maleado o movido a lo animal no comprende las cosas de Dios. Así escribe San Pablo: «El hombre de sola luz natural no capta las cosas del Espíritu de Dios. Para él son necedad; y no las puede conocer, pues se disciernen espiritualmente. El espiritual, en cambio, todo lo discierne; mas él por nadie es comprendido. Porque, ¿quién conoció el pensamiento del Señor de modo que pueda instruirle? Nosotros, cierto, poseemos el pensamiento de Cristo» (1 Corintios 2, 14-16).

● Un espejo deteriorado refleja mal o no refleja nada: así el alma no puede comprender las verdades de la fe cuando está turbada por el oleaje de los vicios. El vicioso no quiere creer, pues si creyera habría de enmendar el tenor de su vida, lo cual no le acomoda.

Prefiere más bien los deleites y bienes momentáneos de esta vida que percibe por los sentidos a los goces eternos de la vida futura que no ve.

Le decía un impío a un cristiano fervoroso: «¡Oh, cristiano infeliz, y cuán chasqueado te verás si no hay cielo!» A lo que bien contestaba el cristiano: «¡Oh, infeliz impío, y cuánto será mayor tu desengaño si hay infierno!»

● Un tabernero de un pueblo se encontró una vez con que le faltaba vino. Sin cambiarse de traje, con el mono astroso, pringoso, oliendo a heces de bodegas, subió a su carro, y así, lleno de manchas y grasa, llegó a la ciudad. Se presentó en un magnífico almacén y pidió muestras de vino.

Le presentaron un oloroso y transparente, lo probó, y dijo:

—Me gustaría este vino, ¡pero tiene un olor!

Le presentaron otro escogido, y repitió:

—Está bien, ¡pero tiene un olor!

Los fue probando todos, y en todos encontraba un olor desagradable y nauseabundo...

El almacenista, irritado ya, se fijó con atención en aquel cliente, y le dijo:

—¡Eh, amigo! ¿Y no será que el que huele mal es usted? Váyase a casa y múdese, y entonces podrá percibir el olor de mis vinos.

● Así no pocos de los que se dicen cristianos encuentran desagradable todo lo que huele a religión. No les gusta el dogma, no les gusta el culto, no les gusta la moral... ¿Y no será que los que huelen mal son ellos precisamente? Vayan primero al confesonario, y luego podrán percibir el olor suavísimo de la religión de Jesucristo, tan llena de los perfumes de Dios.

Recuerda aquí, lector pío, las palabras de San Pablo: «Los que son carnales apetecen las cosas de la carne; mas los que son espirituales las del espíritu. Las apetencias de la carne son muerte; mas los deseos del espíritu, vida y paz. Por cuanto las apetencias de la carne son enemistad contra Dios, pues no se someten a la ley de Dios, ni aun les es posible. Por donde los que viven según la carne no pueden agradar a Dios» (Romanos 8, 5-8).

● ¿Quién pierde la Fe? Goethe, considerado por todos como un hombre feliz, y que, realmente, se vio muy favorecido por la fortuna, en sus conversaciones con Eckermann dijo, el día 27 de enero del año 1824, que en los setenta y cinco años de su vida no había sido feliz, ni siquiera cuatro semanas. Más aún, en uno de sus escritos, descorre el velo y nos deja echar una mirada en la aridez de su alma.

«Tenía la impresión de una rata envenenada; en todos los agujeros traga todos los líquidos, come cuanto encuentra, y en su interior sigue, sigue, no obstante, ardiendo el fuego devorador que no se puede apagar.»

● ¿Qué mas? Los herejes, esto es los que rechazan con contumacia alguna de las verdades reveladas, faltan asimismo a la Fe: pierden la Fe. La herejía es cual la Fe corrompida. Pueden bien compararse con una copa de vino, donde se han mezclado algunas gotas de veneno.

Los herejes o sectarios no son, desde luego, lo mismo que los heresiarcas. Estos son los que inducen a error a los otros. Los heresiarcas son polillas que roen la preciosa vestidura de Jesucristo, que es la santa Iglesia católica: así se expresaba San Gregorio Magno.

El orgullo herido ha sido la causa más común que ha descaminado a los heresiarcas, como dice San Ireneo. Y así se vio en Nestorio, que habiendo incurrido en un error predicando, no quiso reconocerse y se hizo heresiarca.

Y tal fue Arrio, presbítero de Alejandría, que negó la divinidad de Jesucristo. Y Macedonio, obispo de Constantinopla, que negó la divinidad del Espíritu Santo. Y el sacerdote Huss, que atacó sobre todo la doctrina acerca de la Iglesia. Y el fraile Martín Lutero, que impugnó la institución divina del Papado y el Magisterio de la Iglesia...

● Como se ve, los más de los heresiarcas fueron sacerdotes. Son los tales como los monederos falsos: no tienen derecho de acuñar moneda, y la acuñan de mala ley. Son homicidas que arrojan a los hombres del camino del cielo, que es la fe, y los hacen caer en la senda que conduce a la muerte eterna.

Ya Jesucristo nos previene contra ellos, cuando dice: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados de ovejas, pero en su corazón son lobos rapaces» (Mateo 7, 15).

● A los incrédulos pertenecen también los cismáticos o heterodoxos. No quieren reconocer ellos la suprema autoridad de la Iglesia, y juntamente caen en errores. Cismáticos son los griegos, separados de Roma por el ambicioso patriarca Cerulario, en 1053. Y la iglesia rusa, que se separó de la griega en 1587 y, desde 1721, dependió del Zar de Rusia.

También fue cismático el rey Enrique VIII de Inglaterra, el cual se apartó de la obediencia de Roma porque el Papa no quiso anular su matrimonio legítimo, y arrastró a la herejía todo su reino; y persiguió cruelmente a los católicos.

Ha sido siempre considerada la herejía por la Iglesia como el más funesto de los pecados. Ya San Pablo decía: «Pero, aunque nosotros o un ángel bajado del cielo os anuncie un evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema» (Gálatas 1, 8). Y San Jerónimo escribe: No hay ningún impío a quien no gane en impiedad cualquiera de los herejes.

● Naturalmente, el que vive en el error, por ignorancia inculpable, no es hereje a los ojos de Dios. Y así el que ha sido educado en el protestantismo y nunca ha tenido ocasión de enterarse de la verdad de la religión católica, sólo de nombre es hereje: en él no hay contumacia en rehusar la verdad conocida. Con tal que tenga ánimo de profesar las verdades reveladas por Dios, es fiel, dice San Agustín. No es el tal más hereje, que ladrón el que tiene, sin saberlo, lo ajeno.

Y el que ha sido criado en la gentilidad y no tiene noticia alguna de la verdadera religión, está libre de culpa: su «infidelidad» no es pecado. Por eso dijo Jesucristo: «Si no hubiese venido y les hubiese hablado, no tendrían pecado» (Juan 15, 22).

● Vive siempre unido a Jesucristo por la Fe y la gracia. Acabo. Era Navidad. Y en aquella casa se había puesto, siguiendo la costumbre extranjera, un árbol de Noel. Era un bello pino, sujeto al pavimento, de cuyas ramas colgaban en profusión dulces y juguetes. Los niños habían gozado inocentemente, escogiendo con ilusión los «frutos» de aquel árbol.

Pocos días después el padre y el hijo de la casa se sentaron junto al árbol, desnudo, y entablaron un diálogo interesante:

—Mañana tenemos que quitar este árbol, hijo mío.

—¡Qué lástima, papá! ¿Por qué no lo dejas siempre?

—No puede ser: ¿No ves cómo se le van cayendo las hojas y las ramas están cada vez más esqueléticas y descarnadas?

¿Y por qué le caen las hojas, papá?

—Es por el calor de la habitación.

—¿Por el calor? Pues yo he visto, durante el verano, a los árboles llenos de hojas verdes; y se les caen con el frío del otoño.

● El padre aquel quedó un momento pensativo, y después le dice:

—Tienes razón, hijo mío. Pero hay una diferencia: en el campo, los árboles están arraigados en la tierra, y el calor les da vida y conserva sus hojas; mas cuando se separa el árbol de la tierra, como este que ves, el calor lo mata y lo deshoja, y ya no sirve sino para el fuego.

Y luego el buen padre, aprovechando la ocasión, da al hijo esta lección provechosa:

—Mira, lo mismo que a los árboles le pasa al alma, hijo mío. Si arraiga en la tierra generosa de Jesucristo, el Sol de justicia, se cubre de hojas de virtud y da frutos de gracia: pero si se desarraiga de El, las hojas caen, los frutos se secan y queda convertido en árbol esquelético, que no sirve más que para tizón del infierno. «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Quien permanece en mí y yo en él, éste producirá fruto copioso, porque separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15, 5).

NO SE PUEDE PREDICAR A CRISTO SIN PREDICAR SU DOCTRINA, SEÑOR ARZOBISPO

¿Quién escucha el "ESCUCHADLE" del Tabor?

Por EL P. JESUS ECHEVERRIA

«Este es mi Hijo muy amado ...escuchadle.» ¡En qué pocas palabras Dios condensa el Catolicismo! Con una palabra y sus cuatro letras, el «fiat» de la Sagrada Escritura, Dios creó el mundo; con una palabra y sus cuatro sílabas, **«escuchadle»**, Dios puso el fundamento y la base para un mundo mucho más sublime; el del espíritu, el del alma, el de la religion. que su mismo Hijo venía a establecer sobre toda la tierra y para toda la Humanidad. Obedecieron los océanos con todos sus peces, los espacios con todos sus astros y la tierra con todas sus plantas y animales. ¿Obedeció el hombre, para quien todo fue creado? Veinte siglos han pasado, y si la respuesta al Tabor fue la del Gólgota: «Si es Hijo de Dios que baje de la cruz y creeremos en El», la respuesta del siglo veinte está encaminada a negar el Tabor, a renegar del Gólgota, a no aceptar el Monte de los Olivos y erigir al hombre en Dios. Y lo peor es que parecen aceptar esto quienes más deberían condenarlo, sobre todo, buscando otros caminos, para que el **«escuchadle»** de Dios no sea frustrado.

Si; en su toma de posesión —y me remito a la prensa que lo ha divulgado—, nada menos que el nuevo Arzobispo de Barcelona, dijo: «A nuestros mismos ojos se está forjando una nueva cultura, que proclama no necesitar ni a Cristo ni a Dios.» Y continuaba Mons. Narciso Jubany: «La historia abre futuros cauces, en los cuales parece que el Cristianismo —y en general, toda religión que tenga un contenido dogmático definido— difícilmente podrá encontrar un lugar apropiado.» Ante estas manifestaciones de un arzobispo a su pueblo en el preciso día de su toma de posesión, cabe preguntar: ¿El señor Arzobispo cree en lo que dice, o dice lo que siente y palpa para condenarlo? Si lo primero, ¿cómo compaginar sus palabras con las de Cristo y la interpretación de toda la Iglesia al través de todos los siglos: «Yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos» y que «las puertas del infierno no prevalecerán contra ella»? Si lo segundo, ¿cómo no trata de no echar leña al fuego en frases oscuras y hasta tendenciosas, por no calificarlas peor y tal vez más acertadamente? Pues como colofón y remate diríamos que parece atentar contra el mismo Dios, ya que no sólo lo pospone a la Humanidad, sino que simplemente lo ignora; de manera que no sabemos si Dios pinta algo en el mundo o si una vez que lo creó se ha desentendido de él, dejándolo a merced de las fuerzas cósmicas o fuerzas ocultas, que ya están saliendo a la luz, sin que todavía nos queramos convencer de la «autodemolición» de la Iglesia denunciada por Pablo VI.

Y para que se vea no exagero, éstas fueron sus palabras —y las tomo de la misma fuente—, que las firmaría cualquier ateo: «Por eso se exige de nosotros —dijo— POR ENCIMA DE TODO, un amor hacia toda la Humanidad.» No sé si en el nuevo catecismo de los que piensan o hablan así, dirá que el primer mandamiento es amar a la Humanidad; ni siquiera si existe el segundo de amar a Dios; pero sí sé que es muy antiguo —y tal vez por eso esté «desfasado»— lo que decía San Agustín en su regla: ANTE TODO SEA DIOS AMADO; después, el projimo. Ya nos habla él, como mandatos transmitidos, y por supuesto desde Cristo, y si Cristo no vino a abrogar la ley —donde se encuentran los mandamientos—, sino a perfeccionarla y a darle cumplimiento, como nos lo dice la Sagrada Escritura, ¿por qué a Cristo no se le ocurrió responder al doctor de la Ley que le preguntó cuál era el máximo mandamiento de la ley, **amarás por encima de todo a la humanidad**, sino que le contestó: «EL PRIMERO ES: ESCUCHA, ISRAEL, AL SEÑOR, VUESTRO DIOS, EL UNICO SEÑOR, Y AMARAS AL SEÑOR TU DIOS, CON TODO TU CORAZON, CON TODA TU ALMA, CON TODA TU MENTE Y CON TODAS TUS FUERZAS. Y el segundo es éste: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Marc. 12, 29-31). ¿Será, pues, a estos pastores a quienes Dios, desde el Tabor, nos dice: **«Escuchadle»**? No, ciertamente. El mismo Concilio nos ha dicho que debemos obedecer a los obispos, siempre que éstos no enseñen en contra del Papa. Y el Papa jamás enseñará ni aprobará que: **«Por encima de todo se ame a la Humanidad.»**

El **«escuchadle»** del Tabor que resuena en el Vaticano no puede renegar del que, muriendo en el Gólgota, por su corazón abierto dio a luz a su Iglesia. Así lo canta la Iglesia en su liturgia: **«ex corde scisso, Ecclesia, Cristo jugata nascitur»**. Del corazón traspasado, nace la Iglesia, desposada con Cristo. El mismo «Hijo muy amado en quien Dios tiene todas sus complacencias», como lo dice en el Tabor, no puede renegar de sí mismo cuando siglos antes Dios, como su Padre desde toda la Eternidad, y para todo siempre, con su dedo y en dos tablas de piedra entre relámpagos y truenos sobre otro monte, el Sinaí, escribió para toda la Humanidad, eso sí, los diez mandamientos. **El primero de los cuales es Dios**, y no la Humanidad. Y es toda la Humanidad que POR ENCIMA DE TODO DEBE AMAR A DIOS, con todo su corazón, etc. No nos hagamos los sordos; no queramos ocultar la verdad; no pretendamos predicar a Cristo sin predicar su doctrina, aunque no la quieran aceptar los mundanos; ni temamos que «su contenido dogmático —como dice el señor Arzobispo— difícilmente podrá encontrar un lugar apropiado». Lugar apropiado para Cristo fue no menos el Gólgota que el Tabor o el Monte de los Olivos. Por el uno se nos manifestó su gloria; por el otro nos vino la redención, y por el tercero subió al cielo a la diestra de Dios Padre.

Infelizmente, si la Iglesia no encuentra su lugar apropiado, es porque se la quiere mundanizar, materializar, que viva la vida del mundo para que sea una fuerza de tantas y nada más; una fuerza de tantas que busque el bien corporal y amalgame la verdad y el error, lo bueno y lo malo. De esto se quejaban 30 obispos en la XIII Conferencia Episcopal Española, al tratar tanto de temas temporales, dejando de lado el fin propio de la Iglesia y permitiendo se predique y enseñe el relativismo en moral y dogmática. Esta mundanización preconizaba una revista, «Correspondencia», con aprobación del arzobispado ya en 1968, según lo recogía la prensa, y que decía, nada menos, que lo siguiente: «Tarde o temprano, de una manera gradual, pero tenaz, la secularización, que es un proceso que se presenta irreversible, hará desaparecer el clericalismo, el Estado confesional, la obligatoriedad de los preceptos eclesiásticos, la actual disciplina e incluso la actual organización eclesiástica, el celibato eclesiástico obligatorio, la virginidad más o menos forzada, las Ordenes religiosas, los ídolos jerárquicos, el argumento de autoridad y, concretamente, el estado totalitario, llamando la Iglesia como tal Estado.» Ved, pues, aquí destruida, hasta la misma autoridad y la misma Iglesia. ¿Para qué, pues, el **«escuchadle»** del Tabor? Ante esta situación, «se comprende —dice el Cardenal Danièlou— la desazón de los teólogos que intentan taponar los agujeros con sociología religiosa..., la tristeza de los fieles, que ya no saben qué es lo que se les pide creer. Pero este malestar (el de una fe que pone en duda su objeto) no será resuelto por expedientes, sino por extirpación de las raíces del mal.»

¿Y dónde está ese mal? Lo dije al principio: en aquellos mismos que deberían ser los primeros en oír y seguir el **«escuchadle»** del Tabor, para que así los demás fieles pudiesen también oír y seguir sus enseñanzas. Pero para que no me tilden de exagerado, dejaré la palabra al Santo Padre, a quien deben escuchar todos los que quieran hacerse escuchar: «Sufre, **principalmente** (la Iglesia), por la rebeldía inquieta, crítica, indócil y demoledora de **tantos de sus hijos, los predilectos —sacerdotes, maestros...—**, contra su íntima e indispensable comunión... contra su autoridad, insustituible principio de verdad...; sufre por la defección y por el escándalo de ciertos eclesiásticos y religiosos **que crucifican hoy a la Iglesia.»** Y como si fuese poco, ved lo que decía en la clausura de la Conferencia Episcopal Italiana a mediados del año pasado: «Todo se mueve, todo parece alejarse de la religión, de la fe y de la ley moral... **Desde el interior mismo de la Iglesia, de sus hijos más queridos surge a menudo la inquietud, la rebeldía, la defección.** Es una hora de tormenta y a veces asoma a los labios la invocación apremiante de los discípulos a Jesús: Sálvanos, Señor, que perecemos.»

¿Y cuáles son, dirán, las enseñanzas de la Santa Sede, que no se atienden y dan motivo a la «autodestrucción» de la Iglesia calificada así por el Santo Padre? Daré una pequeña lista de las directrices del Santo Padre, que están a la vista de todos, que no son seguidas por una gran porción de los responsables: 1.º Normas sobre los seminarios salidas en principios de 1970, muy parecidas a las antiguas. 2.º Contra el aseglaramiento en el vestir de los religiosos e incluso por haber sido «un error el haber permitido al sacerdote despojarse de la sotana». 3.º Sobre la excelencia de la vida contemplativa, de la religiosa y del celibato eclesiástico, llegando a «emplazar delante de Dios» a los obispos que no impidieren la propaganda contra el celibato. 4.º Contra la predicación sociológica en vez de teológica. 5.º Sobre la necesidad de ser claros en la predicación y fieles a todo lo enseñado por la Iglesia. 6.º Contra las misas de «grupos» que dividen la Iglesia y llevan no a las catacumbas, sino fuera de la misma Iglesia. 7.º Sobre la obligación de seguir aún en estas misas, cuando permitidas, las normas de la misa común. 8.º Contra los cantos y músicas e instrumentos no propios, según el sentido común para la Iglesia. 9.º Sobre la necesidad de seguir las tradiciones cuando éstas no se oponen ni impiden un mayor provecho espiritual. (En España, por ejemplo, aún según las últimas normas de la Misa, está pidiendo a gritos que no sólo se comulgue de rodillas, sino que se asista a ella como antes). 10. Que incluso cuando hay que mudar algo se haga con mucho cuidado y mucha paciencia. Ya lo decía Santo Tomás, de que no se deberían hacer cambios, sino cuando se esperase de ello un fruto mucho mayor. 11. Que se sigan las prácticas religiosas recomendadas por la Iglesia. 12. Que se conserve la práctica de la Iglesia en la distribución de la Sagrada Comunión en la boca y no en la mano. 13. Muchas veces ha hablado contra la inmoralidad, la pornografía, la indecencia en el vestir, los malos espectáculos, el materialismo, la secularización y la indiferencia religiosa. Largo sería de enumerar las palabras textuales del Santo Padre sobre estos puntos; no menos largo el demostrarlos desobedecidos por una gran parte de los responsables; pero no menos claro y palpable su triste realidad, con la agravante de que los doce primeros puntos son de exclusividad del clero, que, en gran parte, no le escucha. El punto 13, en un porcentaje muy grande, podría mejorar y los fieles escucharían al clero, si éste se hiciese portavoz del Vaticano, del que, por su parte, lo es de aquel **«escuchadle»** del Tabor.

A la caza de verdades

Por M. SEMPRUN GURREA

CARTELES MUY OPORTUNOS.—Los hemos visto no ha mucho, en ciertas parroquias de barrios aburguesados. Les faltaba la dedicatoria, que debía ser la siguiente: «A los progresistas, especialmente curas». Eran un tanto dogmáticos al anatematizarlos nada menos que en nombre de Jesús, y se valían de las palabras de Juan, 9-41: «Si fuérais ciegos, no tendríais pecado. Pero como afirmáis que veis...» En el cartel se veía la figura de un hombre sentado ante un alto pupitre: ¿Catedrático, doctor en Moral? No estaba muy claro. La lista de condenados por los inmisericordiosos redactores —integristas, sin duda— eran los:

Obcecados.
Fanáticos.
Intransigentes.
Dogmáticos.
Ideólogos.

Letrados y personas importantes que hablan con demasiado aplomo.

Aunque reconozcamos falta de piedad en ponerlos tan en evidencia, analicemos lo bien que han sabido describir a los progresistas:

Obcecados, por unas cuantas palabrejas posconciliares, como: humanismo, progreso, inserción en el mundo, eliminación de clases, dignidad del animal racional sin Dios, la muerte de Dios, Dios se encuentra sólo en el interior de uno, mixtificaciones que tienen que desaparecer, desarrollo total del hombre, niveles, promociones y tantas otras...

Fanáticos: Dice el Diccionario que son aquellos que defienden con tenacidad *desmedida* creencias u opiniones religiosas. 2.° Preocupado o entusiasmado *ciegamente*. Ya dijo nuestro gran Balmes que esta frase no se podía aplicar a un *verdadero* católico, pues cuanto más entusiasmado esté por su religión y menos tolerante, mejor católico será. San Pablo, por su parte, nos asegura que de los «violentos» es el Reino de los Cielos. Las Sagradas Escrituras nos enseñan que Dios «vomita de su boca a los tibios», y Jesucristo afirma que no hay mayor muestra de amor que dar la vida por el amado. Teniendo en cuenta nuestro instinto de conservación, esto sobrepasa toda medida.

Intransigentes: Los curas modernos, que rechazan el diálogo; los que dirigen Cuadernos y Revistas de monólogos, los que privan de voto a aquellos que piensan de distinto modo y con descaro inaudito aumentan el número de sus correligionarios para que triunfe la mayoría, *democrticamente*, en Asambleas.

Dogmáticos: Los que rechazan el Dogma, los que, so pretexto de interpretarlo, lo destruyen, los que pronuncian homilías tratando de imponernos el sentido del Evangelio según su capricho, los que no creen en Santo Tomás y creen en Evely, los que denigran la «Humanae Vitae» y exaltan a Küng, los que desaconsejan el examen de conciencia y recomiendan el psicoanálisis, los que ignoran la teología y tienen tres o cuatro nociones de sociología política, los que confunden la justicia humana con la divina, los que hablan de amor fraterno y no tienen caridad.

Ideólogos: Los que no tienen ideales y se contentan con tomar prestada su ideología a Marx, Marcuse, Mao, Sartre o Freud. Los que no conciben aspiraciones elevadas o sacrificios heroicos en pro de un ideal. Los materialistas, los acomodaticios, los que tienen por dios a su propio vientre.

Letrados: Esto ya no tiene aplicación tratándose de progresistas. Lo que sí puede decirse es que hablan con demasiado aplomo y muy escasas letras, empezando por el latín, que desconocen, y no digamos en lo que se refiere a su misión; en Teología y Moral: 0. En sexología, 10 (se entiende en «sexología» de revista chabacana o de «hippismo» experimental).

Otro cartelito muy atinado representa a un individuo pidiendo a otro lumbre para su cigarrillo, e indicaba que este gesto pudiera ser el comienzo de una amistad entre ambos. Quien lo haya imaginado debe dar gracias a Dios de que así pueda resultar todavía en Madrid, merced a la paz que disfrutamos y al Gobierno que tenemos, pero yo no aconsejaría a nadie repetir o someterse a esa experiencia en otros países. Por ejemplo, en París, en vez de brindar amistad, es muy probable que le quiten la cartera. En Londres, si se trata de un hombre a otro, que le sugiera una cita. En Escandinavia, que, mediante un acuerdo monetario, le preste uno a otro su esposa, si no tiene mejor plan para esa noche. En Roma, que se ofrezca un guía, sin licencia, por supuesto, para mostrar, a su manera, todos los tesoros de la más bella ciudad del Universo, incluyendo los del Vaticano, y aprovechar la coyuntura para calumniar a la Iglesia, enlodar la historia de Papas antiguos y modernos, hacer propaganda comunista y cobrar una cantidad excesiva por el trabajo, además de una exorbitante propina, porque en Italia nadie tiene cambios... Decir lo que sucedería en Nueva York, en caso de pedir lumbre, sería sensacional, pero no creo que nadie se atreviera a hacerlo. Puede ilustrarnos el siguiente caso: un portorriqueño que por vez primera llega a la gran urbe se queda atónito viendo las calles desiertas de peatones a las veinte horas; a lo lejos divisa un caballero, a quien llama para preguntarle nombres de calles; este último sale corriendo despavorido. Lo mismo le sucede al quererse poner en comunicación con otro, y por fin, con un policía. En su hotel, más tarde, le dan la explicación: No se atreve nadie a pararse; un robo es lo menos grave, se expone uno a quedar muerto por puñalada o balazo, y el motivo puede no ser el hurto, sino sencillamente el placer sádico de ver correr la sangre humana...

LA INEXACTA INFORMACION DE CIERTA PRENSA FRANCESA.—En su número del 3 de febrero de 1972 publicaba «Le Figaro» un artículo firmado por un tal Philippe Nourry, en el cual las inexactitudes queremos creer que obedecían a la mala suerte del autor cuando eligió sus informadores, aunque en algunos casos que vamos a mencionar no se puede achacar a eso, ya que se han elevado protestas a la dirección del periódico por aquellos cuyas respuestas fueron tergiversadas. Quizá el periodista no domina la lengua castellana. En cuanto a los comentarios salidos de su pluma, pueden obedecer más que al deseo de engañar a sus lectores, a una parcialidad de la que no le sea posible liberarse: cuando nos dice que Monseñor Marcelo González se ha «liberado» de la hostilidad barcelonesa, debiera decir que si al principio no fue bien recibido por algunos separatistas, se supo muy pronto ganar el afecto de los mejores por su bondad, discreción y servicio a la Iglesia. La prueba de ello se vio claramente cuando hizo su entrada oficial en Toledo, a la que asistieron tantos fieles de Barcelona.

Inexacto asimismo que la candidatura de Monseñor Guerra Campos fuera apoyada *únicamente* por el Gobierno, cuando es uno de los Obispos más amados del pueblo español que permanece aún unido a Roma, como es también el más odiado, aquí y allí, por los que se proponen hundir la Iglesia en España.

Cuando afirma que J. M. González Ruiz es un brillante teólogo suponemos que se refiere a la teología del «I. D. O. C.» Respecto a las encuestas con esas aplastantes mayorías de progresistas y a los porcentajes de votaciones en la Asamblea, nos figuramos que no ha tenido tiempo de enterarse de causas, efectos, ardides y circunstancias y en estas condiciones admiramos la audacia de sus afirmaciones rotundas. En cuanto a su comportamiento con la Hermandad Sacerdotal española, bastaría para hacerle sonrojarse al presentar su tarjeta de «Gran Reportero». Malamente puede serlo un hombre que hace un reportaje sin pizca de objetividad y que atribuye, incluso a Monseñor Echarren declaraciones que éste niega sean suyas.

Alguna partícula de verdad debe haber en tan largo artículo, máxime cuando esta verdad concuerda con sus ideas personales y satisface sus deseos. Por eso creemos muy probable que Martín Descalzo llamara —según dice Nourry— «víctimas del conflicto» a los mártires que en nuestra Cruzada murieron por no renegar de Cristo y que refiriéndose a esa misma Cruzada la calificara de «Mito asfixiante». Explicaba el cura periodista al «Gran Reportero», según éste nos cuenta, que durante los años de Seminario de aquél se leían, durante las comidas, las gestas gloriosas de aquella guerra liberadora; no es de extrañar que estropearan la digestión de uno que en otra ocasión dijo que le reventaban los héroes. Si el señor Nourry tuviera un conocimiento de sicología, aunque fuera sólo elemental, comprendería que son bastante los hijos de padres desconocidos en uno u otro lado de lo que él llama «conflicto», que no pudiendo enorgullecerse de la actuación de sus progenitores disfrazan su complejo o su vergüenza desahogándose en denuestos. Y recalcamos lo del *uno u otro lado* del «conflicto», pues aún los equivocados en sus ideas merecen nuestro respeto si lucharon por ellas.

No es sorprendente que rotativos de gran difusión en el extranjero estén en contra de España; ya sabemos a quiénes pertenecen y el que paga manda, hasta en aquellos que un día fueron católicos.

SIGUE LA MODA DE UN JESUS SINTETICO

¿Y por qué tiene que predominar en los Estados Unidos? Parece ser una treta de judíos y masones que, habiéndose convencido de la inutilidad de negar su existencia histórica, hacen alarde de aceptarle en cuanto hombre, incluso enalteciendo su humanidad; y estudiando los pormenores de su existencia humana, van socavando la fe en su Divinidad. Ahora priva en América Flavio Josefo, el historiador judío del siglo I, por la intención del judío Shlomo Pines, profesor de Filosofía en la Universidad hebrea de Jerusalén, es hacer popular en Estados Unidos —donde tantos judíos dominan— un documento árabe del siglo X, que dice haber descubierto y que, según Pines, es más verídico que lo citado por Eusebio de Cesárea, el gran obispo cristiano que vivió entre los siglos III y IV. Consideremos que entre los escritos de Eusebio y el original de Flavio hay mucha más garantía de autenticidad por el menor tiempo pasado. El documento árabe, según Pines, no menciona intervención judía, en la muerte de Cristo, lo cual ya es muy significativo; alardea, *eso sí*, de imparcialidad al declararle «hombre sabio y bueno», y remacha la idea de que «sus discípulos contaban que se les había aparecido, etc.». De este modo, seguramente sin desearlo, pone en evidencia que Flavio habla de «resurrección», tanto más cuanto que añade que por lo menos parte de este documento puede haber sido traducido de lo escrito por Flavio. Luego algunos comentaristas sin escrúpulos pretenden hacernos creer que, cuando Flavio Josefo reconoce sus milagros y le llama Mesías y Maestro de aquellos que aceptan la verdad, no es cierto, y que estas frases son interpolaciones...

Con disfraces de cultura, o de renovada inocencia paradisíaca, con engaños de ritmos y drogas o con dogmatismos rimbombantes de dignidades humanas, el caso es quitar a Cristo Su Divinidad. El ambiente es propicio, ya dijo San Pablo que llegaría el tiempo en que los hombres no admitirían las sanas doctrinas, pero lamentamos que sea una nación que tuvo en su día la grandeza de lo sencillo, la que ha tomado en pocos años, pero con velocidad vertiginosa, el camino de la *Perdición*...

Entre el rey Recaredo y Franco

12

Por F. P. DE CHANTEIRO

El «inefable» José Antonio NOVAIS, que en «Le Monde», de París, desfoga de vez en cuando su resentimiento y fobia contra España, porque España, TAL CUAL ES, no le cabe dentro de los pobres moldes de su inhábil y estrecho periodismo, escribió un artículo tan sin pies ni cabeza que a uno le extraña el que pueda un periódico como «Le Monde» —*sólo porque dicho artículo rima con la ideología del periódico*— publicar tal esperpento. Y, sin embargo, «Le Monde» publicó dicho artículo en su número del 12 de enero.

José Antonio NOVAIS dice en él que a las palabras del Jefe del Estado español, que en su discurso de fin de año había pedido a los eclesiásticos el no mezclarse, *como eclesiásticos y en cuanto tales*, en los asuntos políticos y temporales, cual si fueran de su incumbencia, replicaron «*en un tono más "profético" que el de costumbre*» ciertos Obispos, y entre ellos cita «Le Monde» a monseñor BENAVENT, Arzobispo titular de Tiburnia y Coadjutor, Administrador Apostólico de Granada, y a monseñor TARANCON, Cardenal y Arzobispo de Madrid.

—«*De día en día se hace MENOS TOLERABLE* —dijo monseñor Benavent— *el que los ABUSOS DEL PODER no puedan ser corregidos eficazmente y el que los débiles socialmente NO ENCUENTREN el camino justo para defender sus propios derechos*».

La ACUSACION —«profética» o «no profética»— es, como se ve, gravísima. El Arzobispo Coadjutor de Granada da por innegables NO los «*desaciertos*», SINO los «abusos» del Poder y dice que es *INTOLERABLE* el que dichos «*abusos del Poder*» no puedan ser corregidos eficazmente, aunque no dice quién o quiénes tienen la misión de corregir esos «*abusos del Poder*». Y añade monseñor Benavent que es *INTOLERABLE* el que en España no puedan los *socialmente débiles* disponer de un procedimiento justo para defender sus derechos contra esos *ABUSOS DEL PODER*.

Monseñor *TARANCON* no fue más blando en el denunciar —«profética» o «no proféticamente» —las «injusticias», al decir en su Mensaje a los Fieles, del 9 de enero, que «*Yo no represento autoridad humana alguna, ni poder alguno social o económico*», pero a nadie podrá sorprender —añadió el Cardenal— el que «*yo trate de ser la VOZ de aquellos que NO SON ESCUCHADOS*».

LA ACUSACION es, como se ve, gravísima. Monseñor TARANCON da por innegable que en España «*no son escuchados los que piden* —¿justamente?— *que se les haga justicia*».

José Antonio NOVAIS, hablando con un teólogo —de cuyo nombre, por lo visto, *no quiso acordarse*, como quiso recordar los nombres de monseñor Benavent y de monseñor Tarancón, porque, al fin y al cabo, éstos tienen una autoridad de la que el dicho teólogo carece, por lo que se ve—, dice que dicho teólogo le explicó *las razones más profundas* de la crisis por la que atraviesa la Iglesia en España, diciendo, entre otras cosas, que «*la Iglesia en España, hoy, trata de rectificar catorce siglos de historia, o séase, la que comienza con Recaredo, Rey de los visigodos, cuando, en el siglo VI, abjurando el arrianismo, se convirtió al catolicismo, con el objeto de realizar la unidad entre todos sus nuevos súbditos españoles y poder así enfeudar la Iglesia al Estado*». «*La Iglesia Católica Española de hoy* —dice NOVAIS que le dijo ese teólogo «sin autoridad alguna»— *reivindica su independencia y quiere dejar de ser una Iglesia UNICAMENTE ESPAÑOLA, para llegar SENCILLAMENTE a ser CATOLICA*». «*En la historia católica de España el General Franco y el franquismo no son más que un episodio. La actual Iglesia de España va «más allá del franquismo» y lo que busca es su libertad con relación al Estado*».

Que haya en España un teólogo —clérigo o laico— tan ignorante que desconozca TAN ASOMBROSAMENTE la Historia de la Iglesia en España y, *a pesar de ello*, quiera apoyarse en esa Historia para explicar a José Antonio NOVAIS, Redactor de «Le Monde», la «*crisis de la Iglesia Española*», no deja de ser tragicómico; pero el colmo de lo bufo está en que es tal la ignorancia que de la Historia de España tiene el que sobre España escribe para «Le Monde», que acepte como pan fresco, recién salido del horno, las piedras de molino que ese llamado «teólogo» le ofrece, y con ellas quiera hacer comulgar a los lectores de «Le Monde», cuyas tragaderas deben ser —por lo visto— no pequeñas.

¿Qué sabe el «inefable» NOVAIS de la invasión de los bárbaros en España y de la invasión del arrianismo, que arrebató a la *Iglesia de la España Romana* su libertad? ¿Qué sabe de la intrepidez con que los católicos de aquella España, *bárbaramente martirizada*, se opusieron a los arrianos, que así, tan bárbaramente, les quitaban la libertad de su fe? ¿Qué sabe de las épicas contiendas de una Reconquista que gloriosamente culminó ganando para la Iglesia Católica a los suevos? ¿Qué sabe de Leovigildo, y de San Leandro, y del mártir San Hermenegildo? ¿De dónde se sacó lo de que la Iglesia se convirtió en «Feudo del Estado», al convertirse Recaredo, en el Tercer Concilio de Toledo? ¿Qué teólogo francés y qué periodista francés dirá que, al convertirse Clodoveo —*y San Hermenegildo y Recaredo, como San Leandro y San Isidoro, no son menos, en la Historia, de lo que fueron el Rey de los Francos Clodoveo y San Remigio*—, la Iglesia Católica en las Galias pasó a ser un «Feudo» del Estado merovingio?

• Los Obispos —titulares o residenciales— que, como monseñor Benavent y monseñor Tarancón, «*con un tono más profético*», acusan al Poder en España, SABEN PERFECTAMENTE que en naciones como Italia, *gobernada por «demócratas cristianos»*, y como Francia, *de cuyo Estado «no confesional» dicen que la Iglesia es independiente*, las injusticias y las miserias no son menores, sino mayores, de las que en España sufren ciertas clases menos favorecidas. Y, sin embargo, ningún Obispo italiano ha sido, hasta el presente, capaz de echar en rostro del Estado italiano lo que monseñor Infantes, Obispo de Las Palmas, lanza a todos los vientos del escándalo. Copiamos sólo este párrafo, que reproduce NOVAIS: «*Atraemos a nuestro país* —escribe el Obispo— *turistas extranjeros; importamos divisas; recogemos las sobras de los países ricos; enviamos fuera de España trabajadores españoles y exportamos sus miserias y los sufrimientos de un vivir del que ellos no son culpables...*». Basta conocer un poco los problemas de la emigración italiana, española y portuguesa en Francia, Suiza y Alemania, etc., para saber que donde monseñor INFANTES dice «*trabajadores españoles*» se podría, CON TANTA Y MAYOR RAZON poner «*trabajadores italianos*». Y, sin embargo, no hay en Italia un Obispo capaz de echar sobre el Estado italiano la responsabilidad de todos esos problemas de la emigración, porque en Italia saben muy bien los Obispos —TAN BIEN como lo sabe monseñor Infantes— que el Estado, *aun el gobernado por una «Democracia Cristiana»*, no tiene la culpa de que sean difíciles de plantear y de resolver problemas como el de la emigración.

• Las injusticias que «proféticamente» denuncian monseñor Benavent y monseñor Tarancón *no son propias y peculiares de España*. Y, sin embargo, aunque en Italia —pongamos por ejemplo— *tales «injusticias» no son menores, sino mayores, de las que en España sufren ciertas clases menos favorecidas*, ningún Obispo de Italia se cree, «proféticamente», con derecho para gritar —como quien grita: «*¡Los gobernantes y políticos del Régimen, a los leones!*»— que «*quiere ser la Voz de aquellos que esos gobernantes y políticos no escuchan*» o que «*es intolerable el que ni siquiera puedan ya los socialmente débiles disponer de un procedimiento justo para defender sus derechos contra los evidentes abusos del Poder*».

• Además de monseñor Echarren, Obispo Titular de Denia y Auxiliar del Arzobispo de Madrid —del que hemos ya dicho algo, y algo más diremos—, intervino en el Sínodo monseñor Benavent, Arzobispo Titular de Tiburnia y Coadjutor de Granada. Y monseñor Benavent —según «L'Osservatore Romano» del 22 de octubre— habló «*en nombre de los Obispos de España*», en la XXI Congregación General.

Las Conferencias Episcopales habían, con la debida anticipación, recibido de la Secretaría Permanente del Sínodo un par de esquemas, uno sobre el *Sacerdocio Ministerial* y otro sobre *la Justicia en el Mundo*. Estudiado por la Conferencia Española —dice en el Sínodo monseñor Benavent—, fue aprobado por la Conferencia Episcopal todo el elenco de las injusticias en el segundo esquema señaladas, si bien «*no pocos Obispos españoles hubieran deseado una más vibrante denuncia de las injusticias económicas y sociales*».

• Puede una acción ser OBJETIVAMENTE injusta y, sin embargo, NO SERLO subjetivamente. El castigo que un padre impone al hijo, *que ese padre cree ser culpable, aunque es inocente*, es un castigo objetivamente injusto, y, sin embargo, *no es ni debe ser llamado injusto* el padre que impuso un tal castigo.

Objetivamente pueden existir —y ciertamente existen— tremendas injusticias, políticas, sociales, económicas, que sería TREMENDAMENTE INJUSTO denunciarlas como resultado de una gestión social, política o económica, *culpable*. Monseñor Benavent, al denunciar —¿proféticamente?— los «abusos del Poder», NO DENUNCIA tremendas realidades *objetivamente injustas, SINO QUE DENUNCIA* —y esto es lo tremendamente injusto—, *como origen de esas tremendas realidades injustas*, la gestión «abusiva» y consiguientemente «culpable» e «injusta» del Poder. NO SOLAMENTE denuncia unas injusticias, SINO QUE juzga y condena, *como causante de las injusticias existentes*, al ejercicio «abusivo» de los poderes públicos de la nación. Y esto, no solamente *no es cristiano*, sino que está EN OPOSICION con el Evangelio.

La Iglesia debe, como Jesucristo, ser Luz del Mundo. «*Yo he venido al Mundo como Luz, para que los que en Mí crean no permanezcan en las tinieblas*» (Evangelio según San Juan, XII, 46 y 47). Deben los Obispos ser «*Luz del Mundo*»; pero no es misión de los Obispos el juzgar y condenar al Mundo. «*Si alguno escucha mis palabras y no las guarda, no soy Yo el que le juzgo, porque no he venido a juzgar, sino a salvar al mundo... Mi palabra le juzgará en el último día*».

Monseñor Benavent *debe tan sólo* iluminar *con la doctrina de Cristo sobre la justicia y la caridad* los caminos que el Pueblo de Dios debe en España seguir, y que no todos pueden ver claramente, *sumidos como a las veces están bajo tinieblas de muerte*; pero el

(Pasa a la página siguiente.)

¡Marchaos a Rusia!

Por PABLO ARTILES, Sacerdote

En «Arriba», de Madrid, leí el mes pasado la siguiente noticia:

«USA: JUICIO CONTRA EL SACERDOTE BERRIGAN

Washington. (Efe.)—El Gobierno de los Estados Unidos acusó ayer al reverendo Philip F. Berrigan, sacerdote católico de la Congregación de los Josefinos, de ser el «cerebro» de una conspiración de sacerdotes y religiosas que planeó el secuestro del consejero de la Casa Blanca Henri Kissinger.

Al continuarse ayer la vista de la causa contra un grupo de siete religiosas y sacerdotes católicos en Harrisburg (Pennsylvania), el representante del Gobierno de los Estados Unidos dijo también que los acusados habían pretendido provocar una gran consternación en Wáshington, hace un año, al intentar volar los sistemas de calefacción de los edificios del Gobierno federal.

Según la acusación gubernamental, el grupo de sacerdotes y religiosas comenzó a planear su conspiración a principios de 1970, a fin de dramatizar su oposición a la guerra del Vietnam y a la intervención norteamericana en la misma.»

Hasta aquí la referencia del diario «Arriba».

Ya en «QUE PASA?, escribí unos días después un comentario sobre el tema con el título de «¿Monjas terroristas?», y aprovechando la aparición de tres fotografías de monjas en el antes citado diario de Madrid: una, celebrando sus bodas de plata; otra, salvando a una enferma en el incendio de un hospital, y la tercera, la conducción por policías de una religiosa, Alister, por supuesta complicidad en la conspiración antes referida.

Naturalmente, las dos primeras religiosas representan a la Iglesia de siempre, la tradicional, la santa Iglesia de Cristo, con sus virtudes y sus actos generosos de amor y servicio al prójimo, o sea, a la Iglesia que los progresistas llaman reaccionaria, ultra, inmovilista, constantiniana, etc. Pero, con tales calificativos, inventados por la estulticia de los plusultristas y movilistas a lo veleta, resulta, sin embargo, que todos los centenares y miles de santos que ha tenido la Iglesia han imitado a esas primeras monjitas, y que ninguno se ha santificado con los procederes violentos y subversivos de la tercera y sus compañeros de planeamiento de secuestros. Ni creo que por este camino llegue ninguno o ninguna a los altares. Sería entonces que santidad se ha convertido en criminalidad. Y «la injusticia no se puede hacer ni para favorecer a los pobres», se nos recuerda en la Biblia.

Inmovilista, ultra, reaccionaria, constitucionalista y todo —como la tildan—, aquella Iglesia era y es sacrificada, generosa, santa, sin alharacas, sin encuestas teledirigidas y prefabricadas, y sin «asambleas conjuntas» e inútiles discusiones, donde los listoides hacen de la mentira verdad, con tácticas de adoctrinamiento y lavados de cerebro al estilo comunista, confundiendo y aturdiendo a los espíritus más sensatos, y con más que inútil y antiapostólica pérdida de tiempo.

Y ahí está el fruto: un grupo de siete sacerdotes y monjas, acusados de un intento de secuestro y de colocar dinamita en la Casa Blanca, con sus calenturientas cabecitas de pepino, y que se consideran «carismáticos», «proféticos». Todo ridículo, si no fuera también lamentablemente perjudicial para la Iglesia y lo más opuesto al Evangelio y enseñanzas de los Sumos Pontífices y Concilios, aun el tan cacareado por ellos Vaticano II, del que son fruto bastardo y podrido.

Atribuyen a enseñanzas del Concilio lo que es fruto de la ideología marxista, astuta y maliciosamente infiltrada en seminarios y en ciertas instituciones religiosas, cuya fundación se debe a santos de verdad, que no conocieron el Vaticano II. Los fundadores sembraron buena semilla; sus hijos han hecho saltar las buenas intenciones del fundador con cargas de pólvora y dinamita..., en sentido moral, y en el caso que comentamos, con sentido escandalosamente real.

Esta intromisión del comunismo en seminarios fue ya denunciada por el Obispo Fulton, de Estados Unidos. En un discurso pronunciado en Roma decía textualmente:

«Esto era igualmente el comienzo de la implantación de las fuerzas comunistas en el seno de las comunidades religiosas para destruirlas desde el interior. Fue lanzada una llamada a voluntarios para entrar en las Ordenes y realizar estudios en los seminarios, al precio de grandes sacrificios.»

No de otro modo tiene explicación el caso de la revista «Yelda», con que las Hijas de la Caridad se comunican con las Hijas de María o educandas de sus colegios. En ¿QUE PASA? del 26 de febrero calificaba Manuel Pedrosa a aquella revista «piadosa» con estos epítetos: *«Es un caso..., un caso de esquizofrenia... progresista... Los superiores de los Paúles, ¿tienen realmente conciencia de todo esto...?»*

Hace poco cayeron en mis manos dos números de esta revista, y pude comprobar, lamentablemente, con cuánta justicia habla el señor Pedrosa: es como un envenenamiento progresivo, intencionado y casi cismático contra las rectas enseñanzas de la Iglesia; todo bajo capa de mística progresista y «aggiornamento» postconciliar, pero contrario a las enseñanzas de la Iglesia y del Santo Concilio. ¡Dios les perdona el daño que hacen!

Con tales ejemplos puede uno explicarse que unos religiosos o sacerdotes progresistas y monjas de igual talante tramen en escondrijos ocultos siniestros planes, busquen dinamita y bombas, metralletas y pistolas, roben algún coche, y que las monjitas confeccionen disfraces adecuados para la operación —voladura y secuestro consiguiente—, a media noche y en antros oscuros. Todo muy «evangélico», muy «aggiornado», muy progresista y muy post-Vaticano II.

Y Jesucristo dijo a San Pedro: «Envaina tu espada...». Y a los fariseos: «El que esté libre de pecado que tire la primera piedra...» Pero, ¿qué quinto y nuevo Evangelio se han inventado esos reverendos y reverendas de cuño marxistoide, de la metralleta y la bomba, para justificar sus criminales intentos? ¿Os podéis figurar a Cristo tramando con sus apóstoles un asalto al palacio de Herodes o intentando secuestrar al malvado Caifás? ¿Os lo figuráis con puñales y puños en alto, al frente de sus discípulos, acechando en una esquina, de noche, el paso del procurador Poncio Pilatos, para asestarle una puñalada por la espalda?

Pues bien, ése será el fruto de las prédicas de revistas antes piadosas, ahora rabiosamente violentas, contestatarias y anti-orden establecido.

Ese será el fruto de las prédicas de algunos párrocos que, como los escarabajos, no aciertan a ver más que basura y podredumbre aun donde hay luz y virtud; que no saben estimar el esfuerzo que hacen las autoridades españolas, meritoriamente, para acabar con las que llaman injusticias, y que no son sino efectos naturales de la miseria humana, pervertida por el pecado original, y que no se han podido evitar, pese a toda su buena voluntad. Esto sólo lo niegan los voluntariamente ciegos, que existen, por emperrarse en ver negro donde hay blanco.

Y lo peor es que con esas prédicas nos llevan, o quieren llevar, al paraíso cubano, al de Rusia y satélites, donde la dignidad humana está y es perpetuamente despreciada, y donde el pueblo no tiene la más mínima libertad. O sea, predican para convertirnos en pueblos esclavizados, hablando de libertad y dignidad humana... ¡Ciegos de remate! ¿Por qué no se van a predicar esas sus teorías a los pueblos citados, donde de verdad se pisotean los derechos humanos? ¡Ah! Allí pagarían su atrevimiento con la cárcel y el fusilamiento... Como pasó en España cuando, por unos años, dominó el comunismo.

Si esos reverendos y reverendas que sostienen tales prédicas hubieran vivido entonces..., hoy, de seguro, no pudieran contarlo: estarían en el cielo, como el santo Obispo de Canarias, señor Serra, al que fusilaron en Segorbe porque «no supo ser ministro de reconciliación», a pesar de morir bendiciendo a sus asesinos (!).

¿Por qué no os vais a Rusia y a Cuba, vosotros, los que protestáis de las autoridades españolas? Allí os tratarían dignamente, como personas que sois, sobre todo si se os ocurre decir las cosas que aquí, por tolerancia infinita, se os permite decir. ¡Haced la prueba, y veréis!

Y última noticia: Todo lo del secuestro y voladura era para protestar de que los americanos estén ayudando a los católicos del Vietnam del Sur a liberarse de la invasión de los comunistas del Vietnam del Norte. ¡Como veis, todo un «santo» programa de traición a sus hermanos en Cristo!

(Viene de la página anterior.)

ser Arzobispo Coadjutor de Granada, ciertamente, no le da derecho alguno *—¡sin entrar de lleno en la política!—* a denunciar, a juzgar y a condenar como *culpable* de la situación *objetivamente injusta*, en que tantos viven, a un *ejercicio abusivo del Poder.*

• Del 14 al 19 de junio de 1971 se celebró en Roma la VIII Asamblea de la *Conferencia Episcopal Italiana*, que examinó los esquemas propuestos por la Secretaría Permanente del Sínodo. Relator del tema *«la justicia en el Mundo»* fue monseñor Pietro PAVAN, que puso muy de relieve la necesidad que la Iglesia tiene de ser *—y de serlo tanto que se vea que lo es—* un modelo viviente de justicia. ¿Qué testimonio de verdad cristiana habría en una doctrina sobre *«Justicia en el Mundo»*, si los que pública y oficialmente enseñan dicha doctrina, MUESTRAN, *al denunciar y juzgar y condenar injustamente, QUE NO SIEMPRE* es auténtica justicia cristiana *«la Justicia en la Iglesia»*?

• Por vez primera en la historia de España y en la historia de la Iglesia en España *—desde el Tercer Concilio de Toledo hasta la «Asamblea Conjunta de 1971», o lo que es igual, desde el Rey Recaredo hasta el Caudillo Franco—* podría en nuestros días el Estado Católico de España decir a ciertos Obispos que INJUSTAMENTE le acusan de «injusto», lo que al injusto Poncio Pilatos dijo el Señor: *«¿Decís lo que decís POR VOSOTROS MISMOS y por vuestra cuenta o decís lo que OS DIJERON OTROS que digáis de Mí?»*

¿Habló verdaderamente EN NOMBRE DE LOS OBISPOS DE ESPAÑA monseñor Benavent, Arzobispo Titular de Tiburnia y Coadjutor de Granada, cuando habló en el Sínodo?

¿Habló verdaderamente EN NOMBRE DE LOS OBISPOS DE ESPAÑA monseñor Echarren, Obispo Titular de Denia y «Auxiliar» de un Arzobispo español?

Proseguiremos.

ECUMENISMO O PROPAGANDA LUTERANA

Por Alejandro MERINO DEL VAL

LOS CONTROVERSISTAS CATOLICOS DESPRECIADOS POR LORTZ, CON LA AQUIESCENCIA DE «VIDA NUEVA»

1. Si el artículo del profesor Lortz: «Un gigantesco malentendido» (entre los católicos y Lutero), tan exaltado por «Vida Nueva» y Martín Descalzo, nos parece carente de profundidad y homogeneidad de ideas, en cuanto al estudio y descripción de la crisis luterana y protestante, con todas sus circunstancias, lo encontramos aún más arbitrario y tendencioso cuando trata de enjuiciar el mérito científico y polémico de los controversistas católicos, que se opusieron a Lutero.

Eck: Para Lortz, ninguno de ellos estuvo a la altura de las circunstancias, ni era digno adversario del profesor de Wittemberg: Al gran teólogo, Canciller de la Universidad de Ingolstad, Juan Eck, a quien sus contemporáneos reconocen como adornado con un talento potentísimo y una increíble memoria, con la que dominaba maravillosamente las Santas Escrituras, las obras de los SS. Padres y Doctores, y los Decretos Conciliares; y que, a todo esto, juntaba una actividad prodigiosa y un espíritu aguzado para la polémica, al servicio de la verdad, le tiene Lortz por muy inferior a Lutero (Widemann. Th. Dr. J. Eck, 1865).

2. CAYETANO, CARDENAL LEGADO

Mayores elogios aún podemos hacer de otro adversario y Legado Pontificio: el gran dominico Tomás de Vio, famoso Cardenal Gaetano o Cayetano. A los treinta años era Maestro de Teología en la «*Sapiencia*» de Roma y escriba sus famosos comentarios a Santo Tomás y a Aristóteles. Haba intervenido brillantemente en el Sínodo de Letrán, defendiendo, con argumentos escriturísticos, y sacados de la Tradición, la supremacía del Papa sobre el Concilio. En 1517 fue creado Cardenal por León X.

Era una grande inteligencia, y un gran espíritu, encerrado en el humilde estuche de un cuerpo pequeño. Brillaba por sus virtudes; por su fe ardiente e incontaminada; por la pureza y austeridad de sus costumbres, por su humildad y caridad. El mismo Lutero, como escribe a Spalatino (3-IX-1518), en medio de su violenta arrogancia, quedó sorprendido por la bondad y caridad paternal con la que Cayetano, Legado de León X, le recibió. Lortz mismo recuerda, en la historia de la Reforma en Alemania, las palabras de Cayetano a Lutero: Elogia su ciencia, el número de sus alumnos; le expone bondadosamente que no viene, como juez, a pedirle cuenta de sus actos y doctrinas; sino a oírle como un padre a su hijo.

3. OSCILACIONES Y VITUPERIOS DE LORTZ

Tales eran los principales controversistas católicos que discutieron con Lutero. Queremos advertir que el doctor Lortz parece haber dado un profundo cambio en sus ideas sobre Lutero, desde el primer tercio del siglo, hasta la actualidad. En su historia de la Iglesia y del Protestantismo en Alemania juzga a Lutero con imparcialidad, y aun con cierta rigurosa severidad; y aprecia y alaba la posición de la Iglesia en la defensa de la ortodoxia católica. En la actualidad parece haberse dejado llevar no poco de la pasión pro-germánica y anti-romanista. Por eso ensalza a Lutero en su ciencia y en sus cualidades; parece presentarle como adalid del pueblo alemán y, al contrario, deprime a la Iglesia Católica y a sus valientes defensores.

Para Lortz, los doctores católicos estaban llenos de confusiones dogmáticas; estaban desunidos, carentes de plan en sus defensas; eran superficiales en sus argumentaciones; no penetraban en el meollo de los problemas, y de las ideas de Lutero, y esto, a pesar de que en Leibzig, Lutero, delante de Eck, queda derrotado y avergonzado, y lo mismo sucede en Aubsburgo, ante Cayetano.

Juzgar así a grandes teólogos, y grandes ingenios, como Eck y Cayetano, ambos Catedráticos de Universidad, y autores de magníficos libros, nos parece una ligereza y una apasionada injusticia de Lortz.

4. LA GRAN OPORTUNIDAD LUTERANA

Decir, con el autor del artículo exaltado por «Vida Nueva» y Martín Descalzo, que Lutero ofrecía, a la Iglesia Católica, la oportunidad de una renovación en el espíritu del Evangelio, nos parece un claro despropósito. Que la Iglesia se debía renovar y santificar, según el espíritu del Evangelio, era cosa que estaba en el ambiente del pueblo cristiano durante el siglo XV; que repetían los doctores católicos, los santos y los mismos Pontífices Romanos, no sólo el virtuoso y austero Adriano VI, sino aun los que no llegaron al mismo grado de perfección, en su vida y en el desempeño de su alta misión.

Pero decir que Lutero, con sus rebeldías, insultos y desprecios de la Iglesia y del Papa, de la Tradición, de los SS. Padres y de los Concilios, con la negación de muchos Dogmas y Sacramentos de la Iglesia, le estaba dando a ésta una gran oportunidad para renovarse, según el espíritu del Evangelio, nos parece un contrasentido del todo arbitrario. Sólo podría admitirse el que, ante el gravísimo peligro de la catástrofe religiosa, causada por Lutero, la Iglesia reaccionase, dentro de sí misma, con las fuerzas internas de sus carismas sobrenaturales y de la inspiración del Espíritu Santo; y no por oportunidades favorables que le ofreciera Lutero, sino por la divina asistencia de Cristo, saliese rejuvenecida y santificada de aquella espantosa borrasca, como efectivamente sucedió en Trento, a pesar de que Lutero se enfurecía contra aquel Concilio glorioso.

5. EL JUICIO DEL CARDENAL CONTARINI

Lortz apela a testimonios del Cardenal Contarini, virtuoso Prelado, aunque no tan docto como Eck y Cayetano; sin embargo, no debe recordar el juicio del ilustre veneciano, sobre Lutero, emitido desde la Dieta de Worms: «Si Lutero se condujera con más serenidad y juicio; y no desacertara alterando cuestiones tan graves, toda Germania hubiera ido en pos de él». Y también: «Martín ha causado una decepción casi general, porque no se halla en él ni vida honesta, ni prudencia alguna. Su conciencia es nula, y en lo único que descuella es en la desvergüenza». (*Marino Sanento: Diarii T.* 30-212; 1891.)

Lortz dice que los controversistas católicos se mostraron incapaces de hacer el esfuerzo que de ellos pedían las circunstancias. Esto lo estimamos falso, aun en los primeros tiempos del Protestantismo, cuando aún no habían brillado los grandes Maestros: Melchor Cano, Andrés de Vega, Soto, Lainez, Roberto Belarmino y tantos otros genios como ilustraron a Trento.

(*Continuará*)

LOS QUE COOPERAN AL COMUNISMO

Por SILVERIO ESPADA

Según afirmaba en el año 1963 —algo ha llovido desde entonces...— el comunista español Enrique Castro Delgado, autor del libro «Hombres made in Moscú», en el clero católico español había infiltrados activistas del Partido. Estos activistas habían pasado por los seminarios y Centros de formación, habían cursado los estudios sacerdotales, etc., etc., disimulando siempre su ideología, la vista puesta con envidiable tenacidad en un objetivo para ellos eficacísimo e irrenunciable: el de destruir «desde dentro» a la Iglesia Católica.

Bien. Lo que afirmaba Castro en 1963, hoy podemos decir que hay razones más que de sobra para comprobar que no mentía. Así, tales curas-comunistas o comunistas-curas, que para el caso es lo mismo, actúan entre nosotros haciendo honor a su ideología, lo cual resulta lógico por completo. Lo triste, lo fatal del caso es que al lado de ellos haya otros sacerdotes que no son comunistas, pero que por «snobismo», por miedo, por traición o por lo que sea actúan como si lo fueran. Y esto es verdaderamente trágico.

Los curas-curas, los curas de verdad, que no son comunistas, por supuesto, desde luego que no hacen el juego a la Revolución y a la Conjura —con mayúsculas ambos términos, pues son conceptos universales, únicos—. Estos auténticos ministros de Dios se mantienen firmes en sus ideas y fieles a su procedimientos pastorales, que no son nuevos ni viejos, sino eternos y permanentes. Estos sacerdotes-sacerdotes están hoy sufriendo lo suyo y padeciendo lo que Dios y ellos saben, pues se les tilda de inmovilistas, de anticonciliares, de retrógrados. Pero les da lo mismo. Ellos saben perfectamente por dónde va la cosa, y antes que hacer el juego al enemigo, que transitar inconscientemente por los caminos revolucionarios que señalan los clérigos-activistas del Partido infiltrados en el clero y a los cuales aludía Castro Delgado, antes de ello, decimos, prefieren que les cuelguen sambenitos de atrasados, etc., porque al final de cuentas ya veremos quiénes son los que aparecen como tales, quiénes son los que presumen hoy de «avanzados» y de «profetas» y quiénes son realmente los verdaderos sacerdotes y ministros del Señor.

Ya lo veremos, ya lo veremos... Porque el día de Dios llegará inexorable.

Ocurrencias

Por AFRIT

- *Liturgia:* hacer los cultos litúrgicos como a cada uno le dicte su carisma; «u séase», como le dé la gana.
- Todos en este mundo tenemos algo importante que hacer, aunque no seamos importantes.
- Una tranquila soledad es la más agradable compañía.
- A don Emeterio le han concedido una condecoración por sus *inestimables* méritos. Eso es frecuente. Más raro es que se conceda por méritos ***estimables***.
- No hay trajes decentes ni indecentes; lo uno o lo otro son quienes los visten.
- Sólo reparan en puntillos de honra los que calzan pocos puntos de honradez.
- Verdad a medias o doblada, mentira es aumentada.
- Si el deudor pensara más en la otra vida, el acreedor lo pasaría mejor en ésta.
- Lo que importa no es ser alabado, sino merecer alabanza.
- Quienes defienden a los zánganos e inútiles suelen decir de ellos que no son tontos. Claro que puede ser una ciencia la de saber pasarlo bien sin dar golpe.
- A quien sobresale un poco, se le critica; a quien sobresale mucho se le crucifica.
- Quien alaba con sinceridad se granjea amistad.
- Una persona no resulta pesada por lo que pesa, sino por lo que es.
- No es lo mismo ver poco que tener mala vista. Los hay que apenas ven; pero buena vista, ¡vaya si tienen! ¡Son unos linces!
- Hay quien nunca en toda su vida ha partido leña; pero nunca ha dejado de repartirla.
- Más se arrepienten algunos del mal que no han podido hacer que del que han hecho.
- No es incompatible ser un erudito y ser un necio.
- Las mujeres que se aprecian de modernas, para serlo han de adoptar en la indumentaria y «naturalidad» la moda de la célebre tatarabuela de Matusalén, llamada Eva.

CARTA A DIVERSOS "COFRADES" DE VARIADA GRADUACION

El fruto sano y maduro es el verdaderamente apto para las funciones orgánicas. Lo que apreciamos en el terreno biológico, lo podemos contemplar a todas luces en el ambiente moral. De ahí mi presente carta, después de ya maduro el hecho a que me voy a referir:

Recordará, reverendo sacerdote, que un domingo del Ciclo de Adviento, y en hora extraoficial, se celebró el Santo Sacrificio de la Misa en la Parroquia de su digna dirección. Usted, por razones justas, prohibió el uso de instrumentos musicales. Acatamos y aplaudimos su recta decisión y proceder en cumplimiento del cargo que desempeña. Pero llamó poderosamente la atención, y dejó perplejos a los asistentes, en el momento de la Comunión, el no ver colocados en su sitio los reclinatorios o comulgatorio, como de antemano se habían solicitado. Lo que en tal momento pasó con rapidez por la imaginación del celebrante, según él mismo me narró, fue: ¿Será el señor Cura responsable de esta maquinación...? No lo creo. ¿Será, quizá, algún «Teniente» quien mueve los resortes de este tinglado...? ¿O, tal vez, algún actor escondido entre bastidores...? ¿O, quien sabe, si alguna consigna del «descalificado» I. D. O. C. ...? En tan solemnes y respetuosos instantes en que las manos del celebrante sostenían el sagrado copón conteniendo el tesoro infinito: Cristo Rey; optó por el silencio y esperó en el centro del altar... Se acercaron los fieles, y a una simple y casi imperceptible insinuación a la primera pareja, todos, sin excepción, recibieron de rodillas al Señor Sacramentado; incluso un caballero y una señora que, plenamente libres, dieron pruebas de no pequeño sacrificio y veneración a Dios...

Es, en verdad, lamentable (y ahora me salgo del ámbito de su parroquia) que mientras unos sacerdotes se esfuerzan por recordar a los fieles no sólo el amor, sino el trato respetuoso para con Dios, otros, abusando de su alta dignidad que no es suya, conducen a los fieles por el despeñadero de la incertidumbre y del error...

No es ésta una afirmación gratuita, pues, desgraciadamente, los hay que no son pastores de su grey, sino lobos rapaces que inoculan en las almas la baba morbosa del veneno que corroe sus entrañas.

Ellos mismos se hacen reos de tamaña e insolente postura en la expresión de sus palabras y en la clarividencia de sus obras. Unos niegan, más o menos solapadamente, el Misterio de la Santísima Trinidad. Otros, prácticamente, rechazan el Dogma de la Comunión de los Santos, haciendo escarnio de las sagradas imágenes. Los hay que no creen ni en la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía... Los hay que niegan la Comunión a los fieles por el «único pecado« de estar de rodillas; les siguen otros que destruyen, aunque de hermosa construcción y arte, o hacen desaparecer toda forma y rastro de comulgatorios.

Por fin, los hay tan «liberales» que, en contraste con los anteriores, dejan a la plena disposición de los fieles las mismas llaves del sagrario, o éste abierto, para mayor comodidad.

No me es dado, Dios me libre, tildar de herejes o perversa intención a cuantos componen esta pléyade de «Cofrades aggiornados»; pero sí afirmaré, con destacados personajes de la Iglesia Católica, que todo ello obedece a una consigna del enemigo (masonería, comunismo): acabar con toda religión: sobre todo, con la religión católica.

En este desenfrenado galopar progresista cabe levantar nuestra voz suplicante al cielo y decir con los apóstoles: «¡Sálvanos, Señor! ¡Frenad y acallad esas olas embravecidas que intentan destruir vuestra Embarcación!» Y oigo como una voz misteriosa que clama: Yo soy el Todopoderoso; pero ahí están mis legítimos representantes, que pueden y deben poner manos a la obra, con mi segura asistencia, si la imploran debidamente; y vosotros, sacerdotes y fieles, no les regateeis vuestra justa y obligada cooperación. Esta es la verdad incontrovertible: todos tenemos en mayor o menor escala nuestra parte de responsabilidad.

¡Sacerdotes de Cristo, no neguéis a vuestros fieles, por lo menos, un sencillo comulgatorio donde puedan, con cierta comodidad, decencia y seguridad, arrodillarse, y con este acto de humildad, reverencia y adoración, proclamar el supremo dominio de Dios para con su criatura !

A cuantos deseen una norma segura sobre la posición con que debemos recibir la Sagrada Eucaristía les recomiendo lean el artículo que firma Fidel de la Fuente, inserto en la página 20 del número 404, fecha 25 de octubre de 1971, de nuestra revista ¿QUE PASA? Toda aquella síntesis de verdades y argumentos emanan directamente de la Divina Escritura, de la Tradición y de la enseñanza de los Sumos Pontífices hasta nuestro actual Pablo VI, que Dios lo conserve para bien de la Iglesia.

No juguemos con Dios, porque llevamos las de perder. No hagamos como el niño con su pelota-juguete, que acaricia a puñetazos y puntapiés y ella no se queja. Vayamos a Dios con confianza y amor, sí; pero con respeto y delicadeza: no sea que su medida se llene a rebosar y seamos abrasados por su justa indignación, como lo fueron las ciudades de la Pentápolis.

B. M. G.

DESDE MURCIA

ARTE Y CABALLEROSIDAD

Por CRISANTO LOPEZ JIMENEZ

¿A quién dañaría el santo obispo hijo de Severino para que de su buena escultura sólo dejaran la mitrada cabeza? Generaciones de criaturas del Instituto de segunda enseñanza bajo el patronazgo de San Ilsidoro, a su báculo se colgaban pretendiendo ser contagiados de sabiduría. Hoy, un valeroso ejemplarísimo sacerdote fulgentino, don Antonio Sánchez Maurandi, a poco de recibir una importante laura académico-universitaria romana en honor a sus afortunadas y desinteresadas investigaciones humanísticas, publica con caballerosidad, y discreción que le caracteriza, un contundente, cortísimo escrito sobre el patronazgo diocesano de San Fulgencio, cual ya lo hicieron Díaz Cassou y López Maymón. Mas no cabe en tema científico propio de publicación profesional en torno a una respetable tradición arraigada por las centurias, cual nadie pretenderé poner en tela de juicio la recepción del bautismo de los cristianos españoles anteriores a la apertura de los libros sacramentales. Hechuras del maestro Juan Pedro Guisart, natural de Denia y no de Bohemia (dígalo el profesor Morote Chapa, cuyas investigaciones admirables sólo son ignoradas por los más obligados a conocerlas), son las pétreas efigies de los santos Isidoro, Leandro, Fulgencio, Florentina, Bernardo de Claraval y San José, del hospitalario bellísimo templo de graciosa línea rococó francesa de Nuestra Señora de Gracia, debido a Martín Solera, según nos fue dado documentar en Protocolos, a la vez que Almela Lacárcel en el propio archivo del hospital. Martín Solera fue el maestro de la murciana plaza de Camachos. Menos fortuna tuvieron en la última contienda las imágenes en leño cromado de los cuatro hermanos santos cartageneros, documentadas del samaritano Nicolás Salzillo, que hubo en Cartagena, salvándose las allí veneradas propias de Francisco Salzillo. Lienzo de San Fulgencio, pintado por Senén Vila, para el seminario de Murcia; lienzos con los Cuatro Santos de Cartagena, orlados de flores, para las pechinas del templo de San Antonio, de Mazarrón, casi seguro del pintor lorquino Pedro Camacho Felices de Alisén (1644-1716). Escultura de San Isidoro, final del XVI, para reliquias del Museo Catedralicio, de Murcia; San Fulgencio, del siglo XVII, en la iglesia de Puebla de Soto; las perdidas del grandioso retablo muy oriolano de Abanilla...

Bachiller isidoriano el autor, apenas conoció al verdadero patriarca de las letras murcianas, cuyo saber le admira a través de su obra, cual su generosidad y entrega a la cultura murciana, DON ANDRES BAQUERO ALMANSA, el más insigne entre los maestros de Murcia, el gran bienhechor del Instituto, cuyo nombre debe por siempre ir unido al mismo. Cuánto le debe Murcia, cual a Díaz Cassou, Ibáñez García, Pedro Luis de Blaya, García Soriano y Espín Rael, este último maltratado al final de su vida por los «chanteclairs» beneméritos, círculos de penetración por las puertas falsas. Hombres del mismo temple que estos grandes murcianos, pero desde el ámbito nacional fueron don Elías Tormo, y su discípulo don Francisco Javier Sánchez Cantón. Siempre que iba al Museo del Prado le buscaba en su despacho, y a manera de saludo, me decía: «Crisanto, mucho debe a usted la investigación histórico-artística, publique reunido todo lo que tiene disperso y expuesto a serle plagiado.»

UNA IGLESIA DE MASAS

En una rueda de prensa, celebrada a primeros de marzo, en torno al cardenal Danielou, el purpurado dijo a los periodistas, entre otras cosas, que: «... la Iglesia no puede entrar al servicio de élites o de pequeñas comunidades. La Iglesia debe ser la del gran pueblo cristiano. Una Iglesia de masas...» Estas palabras del cardenal las divulgó gran parte de los periódicos españoles. Son fáciles, por tanto, de confrontar.

Lo que dice el purpurado francés nos parece de todo punto correcto. Pero nuestros actuales progresistas divulgan el principio de que de grandes masas y comunidades, nada. Ellos están empeñados en promover y organizar pequeños grupos, reuniones limitadas, misas domésticas, etc. Si hubiéramos de escuchar a estos progresistas y no al cardenal, habría que demoler los templos, los lugares de oración, las catedrales... Todo habría que hacerlo «mini», pequeñajo... Surjen así las «capillas» del vernáculo, los «clanes» de los selectos (?), el grupito de los distinguidos...

No obstante, y a pesar de todas esas elucubraciones progresistas, la Iglesia es universal. En su seno de madre cabemos todos, no tan sólo unos poquitos. Y todos los hombres de todas las épocas. Lo acaba de recordar el cardenal Danielou. Pero los dinamiteros de la salvación no le harán ningún caso. Ellos continuarán promoviendo y organizando sus «capillitas», sus «clanes» y sus reuniones a nivel limitado. Progresismo puro.

FELIX QUINTANA

Cuando la I República

La captura del "Virginius"

Por Fátima FERNANDEZ GALINDO

Volviendo de nuevo a los sucesos de Cuba, relataré un hecho bastante vergonzoso para nuestra dignidad. Me refiero al asunto del «Virginius». Este era un barco norteamericano que ya había ayudado a los insurrectos cubanos. El 31 de octubre de 1873 fue sorprendido, perseguido y preso por el buque de guerra español «Tornado», cuando se disponía a desembarcar en Cuba. El buque fue conducido a Santiago de Cuba. donde los españoles recibieron con gran alegría la noticia de su captura. A bordo del mismo se encontraban 165 hombres, algunos de ellos jefes rebeldes tan importantes como Varona, Pedro Céspedes, Jesús del Sol, Washington, Ryan y otros, así como gran cantidad de municiones y demás aparejos militares.

El gobernador militar de Santiago de Cuba no pudo comunicar la noticia hasta pasados cinco días. Al conocerse en La Habana esta nueva, la gente salió a la calle con gran contento, lanzando vítores a España y mueras a los insurrectos.

Se dio cuenta de la captura al Gobierno de Madrid. El ministro de la Guerra los felicitó, a la vez que añadía que recordaran que no se podría ejecutar ninguna sentencia de muerte sin contar con la autorización del Gobierno.

Esta advertencia no llegó a conocimiento de Burriel, brigadier-jefe de la plaza de Cuba. Por lo que cumpliendo con su deber mandó fusilar a los cabecillas que estaban a bordo del buque capturado.

Entre tanto, el representante norteamericano en Madrid exigía una reparación contra el, según él, «bárbaro atropello» sufrido por el «Virginius», pidiendo la devolución del navío y de los supervivientes de las ejecuciones, el saludo a la bandera americana y el castigo a las autoridades cubanas.

A su vez Castelar —que, como antes dije, era presidente del Poder Ejecutivo— telegrafiaba continuamente al capitán general de Cuba pidiendo información y prohibiendo las ejecuciones, alegando que éstas podrían acarrear la guerra con los Estados Unidos.

Al fin el Gobierno de Madrid convino con los norteamericanos la entrega del «Virginius» y de sus tripulantes. El pueblo cubano, al enterarse, salió a la calle profiriendo toda clase de insultos hacia los yanquis y hacia el Gobierno de Madrid, al que calificaban de antiespañol. A la vez, de todas partes de la isla llegaban al capitán general multitud de telegramas ofreciendo todos los sacrificios, incluso la vida, con tal de salvar el honor de la Nación. Pero el Gobierno no hizo caso de esto, y así, el día 12 de diciembre era devuelto el «Virginius». Seis días más tarde se entregaron los prisioneros.

En Nueva York se reunió el Tribunal de Presas, declarando buena captura al «Virginius». dando así la razón a España. A los diez días el Gobierno norteamericano ordenó la destrucción del barco.

Al enterarse en la isla de la devolución del navío fue grande la excitación. El brigadier general Burriel dimitió de su cargo, acusando a Castelar y al Gobierno de «malos hijos de la Patria». En Santiago de Cuba lanzó una proclama que decía: «El estado actual de nuestro desgraciado país, entregado a luchas políticas por sus **malos hijos**, que no pretenden más que encumbrarse y medrar elevándose de la nada o desde los puestos más ínfimos de la sociedad hasta las primeras posiciones y jerarquías, ya militares, ya civiles, esos revolucionarios de oficio son los que tienen la culpa de las complicaciones del día, y **sobre ellos caiga la maldición de Dios y la execración pública,** pues por sus locas ambiciones, por sus escasas dotes de mando, por sus desmedidas pretensiones, se ve la pobre España despedazada y aniquilada.»

Con este incidente, se quiera o no, nuestro honor sufrió grandemente. Después de todo, si este suceso hubiera acarreado la guerra con los Estados Unidos, no hubiéramos estado en pésimas condiciones, y quizá el resultado de la lucha habría sido distinta del que tuvo lugar veinticinco años después.

Lo que conseguimos con esta debilidad fue que los yanquis se fortalecieran, pues según una declaración del almirante Porter: «Toda la escuadra americana no puede arrostrar en alta mar el encuentro de una de las buenas fragatas blindadas que tiene España.» Esto deja entrever que la declaración de guerra era falsa. Sin embargo, algunos historiadores aseguran que la declaración del almirante no fue veraz, ya que en el transcurso de veinticinco años no es posible —según ellos— la construcción de las escuadras que motivaron nuestra derrota y la pérdida definitiva de Cuba en 1898. Pero pese a todas las versiones más o menos erróneas, lo cierto es que los norteamericanos, a partir de entonces, se creyeron con derecho a inmiscuirse en nuestros asuntos, como la demuestra el hecho de que en 1875, cuando la Restauración, los yanquis protestaran al enterarse de que el entonces ministro de la Guerra, señor Primo de Rivera, intentando reparar una injusticia, «ascendió a mariscal de campo al general Burriel por los relevantes servicios prestados a la Patria en la isla de Cuba». También les pareció mal los términos en que estaba redactado el Real Decreto, consiguiendo que a Burriel se le convocara un Consejo de Guerra, con objeto de poner en claro su conducta en Cuba, pero el tribunal tuvo que sobreseer la causa, debido al fallecimiento de Burriel.

Hasta aquí los sucesos de Cuba. Mas volviendo de nuevo al Gobierno republicano, vemos que tuvo su fin en un 3 de enero de 1874 a las siete y media de la mañana. El hecho ocurrió en un debate de la Cámara en el que Castelar fue derrotado por 120 votos contra 100. Dimitió y el debate se aplazó hasta el día siguiente a las siete de la mañana. Cuando reanudada la sesión a la hora indicada se iba a efectuar la votación del nuevo presidente del Poder Ejecutivo, se anunció que el capitán general de Madrid ordenaba la disolución del Congreso. Se armó gran jaleo en la sala. Algunos diputados protestaban ante la arrogancia del capitán general; otros pedían un voto de confianza para Castelar, y éste propuso a los diputados que se dejasen matar en la sala. Mas al sonar unos tiros en la Cámara y avanzar los soldados, la Asamblea se disolvió y con ella la República.

Desde Barcelona

POR ESOS CINES DE... DIOS

Por ACCI

«ALEXANDER NEWSKY» (una oportuna lección de patriotismo), de Eisenstein.

Esta admirable película de ese gran creador cinematográfico, judío por más señas, que responde al nombre de Eisenstein, constituye una lección oportuna de muchas cosas, primero de cine, pero también de amor entrañable a la patria y al pueblo.

Cinematográficamente sorprende su madurez. Realizada allá por el año 1938, el tratamiento de la historia, la belleza indiscutible de las imágenes; la interpretación excelente en todos, pero verdaderamente genial en Cherkasov, que encarna la figura del héroe; la recreación del ambiente, admirablemente lograda; el ritmo solemne, perfectamente adecuado al tono de la narración, todo contribuye a crear una obra perfecta.

Pero es el segundo aspecto el que nos interesa destacar para ejemplo de los cineastas españoles. Porque nuestro cine histórico o es ampuloso y huero, como en «Locura de amor», o arrambla con la historia y con la verdad en un afán sectario y deletéreo, como en el caso de «Goya». Le falta siempre el amor entrañable a la Patria española y el orgullo de ser español. En cambio, fuera, ¡qué admirables películas históricas suelen hacer los ingleses! Y la razón es obvia: aman a Inglaterra.

Eisenstein debió amar mucho a la tierra rusa, a pesar de ser judío y comunista. Sólo así se concibe el cariño con que está recreada la historia que comentamos. Newsky, el protagonista, es algo así como el Cid Campeador de la madre Rusia. Fue, quiero recordar, hasta canonizado por la Iglesia ortodoxa. Era el noble patriota y religioso, enemigo de los enemigos de su patria, frente a los que supo emplear todo su ardor belicoso y batallador. Siendo noble, era pueblo y amaba a su pueblo, y cuando tras la victoria, creen sus conciudadanos que sólo van a recibir alabanzas, les dice algo así como: «Menos mal que habéis vencido, porque si el enemigo llega a triunfar se os hubiera arrancado la piel a pedazos.» Cuando uno ama a su patria, los enemigos de ésta son sus enemigos. Y no caben componendas. Y frente a la victoria sólo cabe alegría y acción de gracias a Dios que la otorgó.

Los enemigos de Newsky eran católicos; eran los caballeros teutones, la gran orden religioso-militar alemana. Pero eso no empaña mi admiración por Rusia. Era la gran patria blanca la que llevaba razón y fue Dios quien le otorgó la victoria. Por eso me resultó entrañable y llena de emoción la magnífica película de Eisenstein que lleva por título «Alexander Newsky»

Y a ver si surge el cineasta español que sepa cantar con idéntico entusiasmo y belleza la figura del Campeador o de cualquiera de nuestros múltiples héroes o que nos haga una película exaltatoria del gran Felipe II, superior en todos los conceptos a Iván el Terrible, forjador de la unidad rusa, el cual motivó, dicho sea de paso, otra de las grandes cintas del gran director ruso.

"Complot contra la Iglesia"

Por MAURICE PINAY

El «Times», de Londres, de 9 de febrero de 1918, y el «New York Times», en dos artículos de Samuel Gompers publicados en los números del 1 de mayo de 1922 y 31 de diciembre de 1923, señalaban en sustancia lo siguiente:

«Si tenemos en cuenta el hecho de que la firma bancaria judía Kuhn Loeb y Cía. está en relaciones con el Sindicato Westfaliano-Renano —Banco judío de Alemania—, con Lazard Fréres —Banco judío de París— y también con la casa bancaria Gunzburg, firma judía de Petrogrado, Tokio y París; y si advertimos, además, que los precedentes negocios mantienen estrechas relaciones con la casa judía Speyer an Co., de Londres, Nueva York y Francfort del Meno, lo mismo que con el Nye Banken, casa judía bolchevique de Estocolmo, comprobaremos que el movimiento bolchevique en sí es hasta cierto punto la expresión de un movimiento general judío, y que determinadas casas bancarias judías están interesadas en la organización de este movimiento» (Esteban J. Malanni: «Comunismo y Judaísmo», Editorial «La Mazorca», Buenos Aires, 1944, pág. 62).

El general Nechvolodof apunta en su obra el fuerte financiamiento judío a la revolución comunista de Rusia: «Durante los años que precedieron a la revolución, doce millones de dólares habían sido entregados por Jacob Schiff a los revolucionarios rusos. Por otra parte, según M. Bakmetieff, embajador del Gobierno imperial ruso en los Estados Unidos, fallecido en París hace algún tiempo, los bolcheviques triunfantes habían remitido, entre 1918 y 1922, 600 millones de rublos oro a la firma Kuhn, Loeb and Co.»

Después de estas pruebas tan concluyentes, no creo que a ninguno se le ocurra llegar a la optimista conclusión de que hay judíos malos (los comunistas) y judíos buenos (los capitalistas), y que mientras unos tienden a acabar con las riquezas de los particulares y a hacer desaparecer la propiedad privada, otros tienden a defender ambas cosas para no perder sus enormes fortunas. Desgraciadamente para nuestra civilización, el complot judío presenta caracteres de absoluta unidad y el judaísmo constituye una fuerza monolítica tendente a acaparar, por medio del socialismo comunista de Marx, todas las riquezas del mundo sin excepción.

El hecho de que, como en todas las instituciones humanas, en el judaísmo surjan a veces rivalidades y luchas internas no altera esta situación, ya que tales pleitos de familia surgen generalmente por ambiciones de mando, aunque sean disfrazadas por razones religiosas o de estrategia a seguir, pero coincidiendo siempre los bandos en pugna en desear el dominio del mundo en los órdenes político, económico y religioso, y en que el mejor medio de lograr ese dominio total es el de la dictadura socialista o comunista, que permitirá a los judíos adueñarse de la riqueza de todos los pueblos de la tierra.

Hoy día, en nuestro mundo civilizado, se considera el racismo como el mayor pecado en que pueden incurrir los humanos, falta que deja perenne y escandaloso estigma de salvajismo y brutalidad, siempre que no sea el pueblo judío el que lo practique... Gracias a la propaganda, casi totalmente acaparada en el mundo por los israelitas (cine, radio, prensa televisión, editoriales, etc.), el antisemitismo es la manifestación racista más abominable de todas, porque los judíos han hecho del antisemitismo un arma verdaderamente demoledora, que sirve para nulificar el esfuerzo de las innumerables personas u organizaciones que, habiendo comprendido claramente cuál es la verdadera cabeza del comunismo, pese a los disfraces y estratagemas usados por esta raza para ocultar sus verdaderas actividades, han querido dar la voz de alerta, horrorizados ante el ominoso fin que cada vez está más próximo.

Su labor mendaz ha sido tan efectiva que la mayoría de los anticomunistas, queriendo acabar con el monstruo marxista, lanzan sus valerosos y decididos ataques a los tentáculos del pulpo, ignorando la existencia de la terrible cabeza, que regenera los miembros destruidos, dirige los movimientos y armoniza las actividades de todas las partes de su sistema. La única posibilidad de destruir el socialismo comunista de Marx es atacar a la cabeza del mismo, que actualmente es el judaísmo, según nos lo indican los hechos más incontrovertibles y los testimonios más irrecusables de los mismos judíos.

Mientras los países cristianos son antirracistas porque fundamentan su idea en el concepto de amor al prójimo, sea éste quien sea, los judíos han sido siempre y siguen siéndolo en la actualidad los racistas más furibundos, que basan su racismo en las ideas del Talmud, partiendo del principio de que el no judío ni siquiera es un ser humano. (N. del C.: Es considerado «una bestia» (sic). Pero este antirracismo cristiano es explotado muy hábilmente por los judíos, y a la sombra del mismo tejen sus infernales maquinaciones en contra de la Iglesia Católica y de todo orden cristiano, estructurando el sistema comunista; en donde no hay Dios, no hay Iglesia, ni hay principios trascendentales de ninguna clase. En cuanto son atacados (los judíos), se quejan con clamorosas lamentaciones, presentándose como víctimas del racismo inhumano..., con el fin de paralizar cualquier labor de defensa que se oponga a sus ataques destructores. **(Continuará.)**

Con toda prudencia

Por Julia RIBAS

Cuando leo sus bellos artículos, Pepita Manglano de Nerja, me siento completamente identificada con sus razonamientos, con sus temores, con su sentir en lo que a la desventurada situación de nuestra amada Iglesia se refiere; mas en su último artículo, angustioso, hay algo que me gustaría reconsiderara.

Recuerde la parábola de las diez vírgenes. Las prudentes no estuvieron inactivas, sino muy diligentes. En cambio, las que no hicieron nada fueron las imprudentes. Recuerde también que nuestro Divino Maestro nos recomienda ser prudentes como la serpiente, pero también nos pide obras. Y si nos acogemos a las palabras del docto San Pablo, ellas nos recuerdan que la fe sin obras es muerta.

La prudencia no es enemiga de la actividad, al contrario, está probado que la prudencia puede hacernos muy buenos servicios, si sabemos servirnos de ella. Recuerde que es una de las virtudes cardinales, y siendo virtud, es nuestra aliada en la incesante lucha que sostenemos para salvar el alma.

La ocasión y la hora de juntar los braceros ya hace tiempo que llegó, querida hermana en Jesús y María. Llegó junto con la desorientación, la ambigüedad, y la descristianización. Sólo que fueron tan estruendosas las extravagancias, arbitrariedades y disonancias de los «demoledores», que su vocerío impidió que muchos católicos se enteraran de su llegada.

¿Que nos aconsejan prudencia? ¡Bien! Debemos agradecer el consejo; pero practicarla es cosa nuestra.

¿Y cómo practicar tal prudencia? De muchas maneras, pero una de ellas es siendo tan diligentes como lo fueron las diez vírgenes prudentes; no velando y cuidando de la lámpara en solitario, sino en equipo. Diez fueron las vírgenes, de ser sólo una, puede que hubiera sido más fácil que se adormilara, ¿no cree?

¿Me permite una sugerencia? ¿No existen en Plasencia otras almas que, como la suya, estén deseosas de trabajar para recuperar lo que se ha perdido; que se sientan impulsadas a evitar que el aceite de la gracia que se está derramando se escurra, en rápido deslizamiento hacia el sumidero?

Creo que sí que las habrá y muchas, estoy segura. Sólo hace falta buscarlas, y con prudencia, elegir las más idóneas, las más entusiastas, las más piadosas, las más valientes, y una vez reunidas, formar equipos de oración. Y siguiendo por el sendero de la prudencia, buscar a un santo varón de íntegra vocación sacerdotal, que los hay, para que las asesore. Y esté segura que ante el Sagrario, invocando a la Virgen como Mediadora, Dios les iluminará, aconsejará y orientará en su labor en pro de nuestra Religión.

¿Otro ejemplo de prudencia? Si en nuestra parroquia tenemos un «demoledor», se acude a cumplir nuestros preceptos a la parroquia que nos dé, en verdad, «palabra de Dios». Pues no es de prudentes escuchar a quien sabemos nos puede envenenar el alma.

Sí, hoy día se hace muy necesaria la prudencia para no confundirse, para no engañarse. Hay que buscar con mucha prudencia la fuente en la cual mana el agua viva de la gracia. A veces se halla escondida, pero una vez hallado un verdadero apóstol de Jesucristo, con toda prudencia velar por él, ayudarle, defenderle, que defender a un íntegro apóstol de Jesucristo es defendernos nosotros mismos.

Durante nuestra Cruzada, misión de los seglares era defender la vida de nuestros apóstoles; en la actualidad, nuestra misión es defender sus derechos. ¡Sus derechos a ser verdaderos apóstoles de Jesucristo! Que no se encuentren solos a la hora de la coacción, de la injusticia, de la arbitrariedad, de las acometidas de quienes pretenden que nuestros sacerdotes sean burdas imitaciones, mixtificaciones, remedo de quienes representan sectas o falsas religiones. Que a eso les empujan, cínicos exhibicionistas, que en vez de apostolado, lo que hacen es burla de los sentimientos religiosos de los católicos.

Recordemos la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Todos los que estaban allí, colaboraron en su muerte y en el dolor de la Virgen. Los que gritaban **¡crucifícale!**, y los que callaban. Los que recibieron los dones de la gracia, los que se beneficiaron de sus milagros, los que por El hallaron la paz, los que creían en El, también ellos con su silencio, con su no hacer nada, le crucificaron. No hagamos nosotros lo mismo ahora con nuestros apóstoles, con todos aquellos que con dignidad y verdadera vocación representan a Jesucristo en la tierra.

Con prudencia, sí; inactivas, no. Como las diez vírgenes prudentes. Activas, diligentes, alerta, muy despiertas y en equipo. Que hay mucho que hacer, y mucho podemos hacer, pero... con prudencia.